

HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE



ANUNCIACIÓN — Zincografía de PEDRO OLMOS

30 Ctvs.

0.10 dólar en el exterior

20

ENCUESTA MUNDIAL: PAZ Y RECONSTRUCCIÓN POSBÉLICA

RESPUESTAS EN ESTE NUMERO

Dres. Jorge F. Nicolai, Saúl Taborda y J. Murillo Vacareza



"Momento gris en Flores", premiado en el Salón "Techos de Buenos Aires"

POSICION

Nació en la provincia de Entre Rios.

Nunca pensó en ser pintor, aunque desde la edad escolar le atraía el arte. Hasta los 35 años se dedicó a dibujar, llegando a ser un buen caricaturista e ilustrador en el periodismo porteño.

Un día se le ocurrió tomar el pincel y pintar una mancha. Sus amigos descubrieron en él dotes de pintor, estimulándolo, y desde entonces no ha abandonado más los pinceles.

Ha realizado varias exposiciones, siendo premiado en dos certámenes: un tercer premio en el Salón "Techos de Buenos Aires" y un premio adquisición en el Salón Anual de Santa Fe, inaugurado el 25 del corriente mes. Expuso por primera vez en el año 1929, en La Peña; luego, en 1930, en las salas de Amigos del Arte, y en 1936 en el Concejo Deliberante.

Manifiesta que, cuanto más pinta, más difícil le resulta hacerlo, pero ya no lo puede evitar, debiendo seguir pintando, bien o mal, con el único contralor de una severa autocrítica.

MANUEL EICHELBAUM

Llegar a ser un artista y transmitir las emociones a los demás, es mucho alcanzar. Es privilegio de pocos. Y con eso ya cumple bien y bastante el que lo intente. Pero si, además, el artista, que posee un idioma universal, lo utiliza para mejorar o dignificar socialmente a la humanidad, tanto mejor. Eso queda a cargo del temperamento de cada uno. Pero, por sobre todo, la función del arte y del artista es educar estéticamente y sensibilizar en sentido humano.

Cuanto más se eduquen los pueblos para comprender el arte, más lejos estarán de malquererse y más cerca de sentirse amigos y hermanos. El arte construye hacia el bien y sensibiliza los espíritus para acercarse y tolerarse.

Francia ha sacudido al mundo con su caída, más que de su grandeza política, económica o científica, por la destrucción o el silencio de sus fuerzas espirituales. Sus artistas, escritores y poetas, sostenían su gran prestigio y este fenómeno es lo que más ha dolido al mundo y no acabará de dolerle hasta verla resurgir.



Pequeña Muestra de Arte Popular Chileno

Teatro del Pueblo, la dinámica institución que dirige el escritor Leónidas Barletta da comienzo, co-



mo en años anteriores, junto a su labor teatral a otras de amplia cultura. Una de ellas es su ciclo de arte que inicia con esta PEQUEÑA MUESTRA DE ARTE POPULAR CHILENO la que nos ofrece en sus reducidos pero bien seleccionados elementos, lo que es dicha cultura en el país hermano.

Sin la vivacidad colorística del peruano o del boliviano, sin el apretado arabesco de otras artes autóctonas, el chileno se destaca por su recia sobriedad. Su cacharrería de greda negra de Quinchamali —única en el mundo, según nos dice Pablo Neruda en el prólogo del catálogo— es algo que maravilla por los aciertos de construcción y armonía, por su gracia y por los hallazgos insuperables de estilización.

Este arte del pueblo crece largo a largo de Chile; así, en el fondo de los presidios se da como una flor de esperanzas otra manifestación encantadora: la de los caballitos de madera con sus monturas típicas y sus arreos y las alcancías labradas. En los campos, herreros, talabarteros, curtidores, van forjando las inmensas espuelas de cristal de plata, van tallando fastuosamente los estribos de álamo, van dando forma y color y poesía a los arreos de huaso y trenzando en Panamávida, las mujeres, las hebras sutiles de los canastillos de crin; o tejiendo, más al sur, el indio su arte telúrico y ornamental o dando a la plata una arquitectura sólida e inolvidable, todos: manos campesinas y obreras de hombres y de mujeres hacen vivir con sangre vigorosa y espléndida este arte hasta hace muy pocos años intencionalmente preterido y olvidado.

La muestra, panorama cabal, no en los detalles sino en su síntesis, se debe al esfuerzo de dos artistas chilenos: Marta Brunet y Pedro Olmos. Concluída ella, las salas del teatro nos presentarán un



conjunto de dibujos de Clement Moreau cuya obra es bien conocida de todos nosotros. La labor de Moreau se recomienda por sí sola y en ella, a través de ella, veremos muchas de nuestras esperanzas y muchas de nuestras inquietudes.

CORRESPONDE A LOS PUEBLOS RECONQUISTAR POSICIONES

En los momentos actuales, disminuída en parte la tensión mundial en torno de las tremendas alternativas de la guerra, presentándose con menor angustia el peligro de nuevas expansiones hitleristas, y cuando los aliados están logrando consolidar sus posiciones militares, llama la atención las actitudes distintas que adoptan, con respecto de los problemas del futuro inmediato, los gobernantes y los pueblos.

En tanto los primeros dedican gran parte de sus esfuerzos y de su tiempo en entrevistas, conferencias, viajes, estudios técnicos, etc., a los asuntos relacionados con la reconstrucción, los pueblos permanecen ajenos a todo, respondiendo en forma más o menos entusiasta a los requerimientos de la propaganda bélica, no siendo consultados para la solución de las cuestiones vitales que les afectan ni aun por los métodos imperfectos de los tiempos de paz, y sin que tampoco hagan nada por expresar su opinión.

Como consecuencia, se comprueba la intensificación de una serie de maniobras políticas y diplomáticas, reforzadas con medidas de carácter económico y financiero, tendientes a establecer desde ya las grandes líneas que normarán la llamada reconstrucción posbélica, que estaría centralizada en las mismas manos que hoy tienen a su cargo la conducción de la guerra, con absoluta prescindencia de los pueblos, que dan su sangre y en muchos casos están expuestos a su destrucción total, a quienes sólo se formulan ciertas promesas, no demasiado concretas. Existe una evidente tendencia hacia la concentración de todos los poderes en el Estado, en forma tan absoluta, que pensadores y sociólogos eminentes como H. G. Wells y Harold J. Lazki han planteado, desde la propia Inglaterra, el interrogante de qué se habría ganado triunfando los aliados militarmente sobre Hitler, si con posterioridad adoptan métodos totalitarios que hasta hoy eran privativos del nazifascismo.

Los últimos acontecimientos demuestran, además, la influencia cada vez mayor que está adquiriendo la política del Vaticano en las determinaciones de los aliados. Las actitudes tan inexplicables en apariencia de las Naciones Unidas con respecto a los dictadores de España y Portugal; sus intervenciones en las diferencias entre los franceses combatientes y Giraud, en apoyo de este último; entre Rusia y Polonia; y su gravitación en las recientes decisiones soviéticas, de tanta trascendencia internacional, indican con toda claridad la firmeza de las posiciones que está ocupando la iglesia, cuyas proyecciones y amenazas no creemos necesario señalar.

Por otra parte, los dirigentes de los partidos políticos democráticos, conductores y orientadores de grandes masas de opinión, están cada día más entregados, en forma incondicional, a sus respectivos gobiernos nacionales, divergiendo solamente en las pequeñas cuestiones de política interna, cuando sus intereses partidistas y, sobre todo, electorales se hallan lesionados.

Salvo el caso de nuestro país, donde la actitud del gobierno tiene acentuación pronazi —aunque ya hemos señalado en otra oportunidad la tolerancia y hasta el apoyo aliado en ciertos casos, demasiado sugerentes—, en el resto del continente no se perciben voces de independencia.

Debemos, pues, insistir en la necesidad de una acción intensa de carácter popular en cada uno de nuestros países —propugnando luego la máxima coordinación continental— que consulte e interprete en verdad las aspiraciones fundamentales de los pueblos; que conquiste para ellos el lugar que les corresponde en la solución de sus problemas vitales, que imponga su gravitación en el desarrollo de los acontecimientos, las reformas, los cambios de estructura y todo aquello que ha de sufrir transformación como consecuencia de la conmoción general provocada por la guerra.

Así como en el aspecto de la lucha primordial contra el totalitarismo hemos sostenido que la acción más eficaz debemos desarrollarla internamente, combatiendo dentro de cada país a sus agentes, ideólogos e incluso a sus presuntos enemigos que han sido impregnados por los métodos nazifascistas, también consideramos que en el esfuerzo que deben realizar los pueblos para hacer valer sus derechos y reivindicaciones, inmediatamente después de la conclusión de la guerra, deben concentrarse as energías en los actos de mayor eficiencia que puedan organizarse en cada nación.

Para afirmar nuestra independencia, tanto con respecto de los gobernantes dictatoriales como frente al predominio imperialista, son indispensables luchas efectivas, concretas, circunscriptas a objetivos precisos y adaptadas a las distintas situaciones que existen en cada región de nuestro continente. Solamente estableciendo esas bases nacionales, llevando a cabo luchas victoriosas en aspectos parciales, será posible crear el estímulo que, atravesando las fronteras, levante la fe de los pueblos sumidos ahora en la inoperancia o a merced de directivas confusionistas y circunstanciales.

Si complementamos una acción práctica de esta índole, que no debe carecer en ningún momento de visión abarcativa y de futuro, con mayores esfuerzos en favor de un conocimiento e intercomprensión de pueblo a pueblo, fomentando una intensa y múltiple relación de hombre a hombre, de institución a institución, obtendremos los resultados que todos ansiamos. Sobre los más variados asuntos comunes a nuestra América —la del centro y el sur del continente— podemos formar una prieta urdimbre de lazos que no romperán menguados intereses capitalistas u oligárquicos.

Y aun debemos aspirar a más: a hallar la manera de que también nos conozca —a través de nuestros actos— el pueblo norteamericano, y permita que le conozcamos, con prescindencia de las fuentes de información periodísticas u oficiales que desvirtúan y tergiversan la realidad.

EL HOMBRE Y EL HABITO

OBSERVACIONES PSICOLOGICAS

Los psicólogos no se olvidan de citar a William James cuando discurren sobre la adquisición de hábitos y la radicación de hábitos ya organizados.

Entretanto, hay verdades aparentes que son tomadas por verdades inequívocas tan sólo a fuerza de ser repetidas.

Por ejemplo, dice ese notable psicólogo norteamericano desaparecido hace treinta años y que es, sin embargo, aun hoy seguido de cerca por los estudiosos de la ciencia psicológica, que al emprender el trabajo de abolir un comportamiento habitual, una forma de conducta estabilizada, se debe seguir las máximas de Alejandro Bain, casi todas ellas referentes a hábitos morales. "De ellas se deducen dos grandes afirmaciones —expone James—. La primera es que, en la adquisición de un hábito o en la supresión de uno anterior, debemos tratar de lanzarnos a la tarea con iniciativas tan intensas y decididas como nos sea posible. La segunda, que no se permita una excepción hasta que el nuevo hábito esté profundamente arraigado en nuestra vida".

Todos concuerdan en que debemos hacer del sistema nervioso "un aliado y no un enemigo". Con facilidad nos tornamos esclavos de nuestros hábitos y no resulta fácil enmendar o eliminar aquellos que conspiran contra nuestra existencia. Se aconseja "fuerza de voluntad", "fuerza moral" y otras abstracciones sin realidad, amén de su sonoridad verbal, y difícilmente alguien consigue darle un significado aprovechable a esa "entidad" misteriosa sin apelar a explicaciones místicas. La "voluntad" no es una cosa tangible, de la que se pueda valer el individuo para llamarla en auxilio de sus aspiraciones. La literatura de Mantegazza o de Marden, como otras que igualmente traducen optimismo, es un sonoro conjunto de términos agradables en afirmaciones vacías de todo contenido. Al vulgo le agradan las "personificaciones" porque el animismo tiene profundas raíces en la naturaleza humana. El hombre es mucho más corazón que cerebro, si es que se puede traducir así el doble aspecto del psiquismo: "emotividad-creencia" e "inteligencia-raciocinio".

Para la supresión de un hábito, el psicólogo nos aconseja a premunirnos de determinación y confianza. "Se acumularán —escribe James—, todas las circunstancias que puedan reforzar los motivos adecuados; nos colocaremos asiduamente en las condiciones que nos estimulen a la nueva vida, haciendo así incompatible todo compromiso con la anterior; **inclusive haremos una declaración pública si el caso lo exige;** en suma, se rodeará la resolución de todos los compromisos posibles. Eso dará a la iniciativa tal suma de obligaciones que evitará la tentación de romperla, como ocurriría de otro modo y así, cada día que pase, se reafirmarán las probabilidades de que la decisión tomada se mantenga".

En ello hay, sin duda, cierta porción de verdad. Por eso mismo, si tomamos las aseveraciones en sentido absoluto, dejaremos un amplio margen a los fracasos, porque la experiencia y la observación nos muestran que es necesario prevenirnos, en la práctica, contra algunas falacias mal observadas.

En muchos casos, hacer declaración pública de una iniciativa no es reforzar la determinación. Puede, inclusive, contribuir a debilitarla, desplazando la influencia del campo subjetivo al campo objetivo.

El valor de una determinación reside en los motivos interiores. Las influencias externas sólo actúan como elementos dinámicos cuando se interiorizan, amalgamándose a los móviles internos que dan al individuo su decisión.

La deliberación silenciosa, la decisión íntima a que llega el individuo que se convence que debe actuar de cierto modo, son quienes inspiran su comportamiento. Pregonar la resolución, para fortificarla es, en primer lugar, dudar de la propia capacidad de acción, es patentar la debilidad de la iniciativa. Cuando tal cosa acontece el resultado es contraproducente. Se desplaza el foco de energías al campo extraindividual y los móviles adversos se refuerzan.

Cuando se establece un conflicto, una competición entre la personalidad del individuo y la personalidad ajena, un complicado mecanismo de defensa, de justificación y racionalización, ayuda a la conciencia personal. La dificultad es mayor, más acentuado es el conflicto cuando los choques se procesan en el campo afectivo-mental de la propia personalidad. Es sin duda motivo de intenso disgusto el rebajarse a los ojos de los demás. Sin embargo, el rebajarse ante sí mismo, sin un motivo plausible, disgusta más aún. El remordimiento, por ejemplo, es angustioso; la censura no es más que irritante.

La observación común demuestra que entre personas habituadas al tabaco, por ejemplo, es frecuente la intención de abolir el vicio. En vez de llevar a la práctica esa iniciativa silenciosamente, buscan el apoyo exterior haciendo pública la resolución tomada. Dos motivos concurren a eso: la exaltación de la propia personalidad, haciendo conocer a los demás su capacidad voluntaria y el refuerzo de la propia determinación, por la obligación moral de corresponder a una promesa. Entretanto, ¿qué pasa, por lo común? Luchando contra el deseo imperioso de volver al camino habitual pasan a emplear sus energías no en la prosecución del fin anhelado, sino en el descubrimiento de los medios de engañar a los demás y de racionalizar su conducta, es decir, de justificar el abandono de la decisión tomada con anterioridad.

No es valedero afirmar, aquí, que la sugestión ajena, de profesores, de amigos, de médicos principalmente, no tenga influencia como refuerzo a la decisión del paciente de suprimir un hábito pernicioso. Sin embargo, nos parece que la liberación de las fuerzas psicológicas interiores, que hacen presión contra hábitos y aptitudes bien definidos, traen al individuo cierto alivio. Su transferencia al plano objetivo, desplaza la lucha, haciéndola menos penosa para el paciente, puesto que deja de luchar contra sus propias opiniones y convicciones para hacerlo en favor de ellas.

La cuestión es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Nuevos datos de observación, nuevas hipótesis, nuevos argumentos deben ser examinados a la luz del pensamiento reflexivo. Por ahora nos contentamos con focalizar el problema y poner en evidencia la necesidad de cierto escepticismo en la afirmación de William James cuando aconseja "hacer pública la iniciativa".

DR. JOAO DE SOUZA FERRAZ

LA LUCHA ANTITOTALITARIA REQUIERE CONTENIDO SOCIAL

RICARDO QUIJANO FLORES

Una de las razones por las cuales hemos creado la Asociación América Libre, es la convicción de que aun cuando se triunfe en el terreno de las armas sobre las potencias nazifascistas, sólo se ha de extirpar el totalitarismo si los pueblos, las masas laboriosas de todos los países, adquieren una plena conciencia del carácter social de ese mal, y se unen todos los esfuerzos en una clara determinación de vencerlo. Para ello, no basta a nuestro juicio poseer la simple disposición de combatir, sino saber a ciencia cierta que ha de combatirse por una finalidad liberadora, por una superación efectiva del régimen social que dió origen al fenómeno totalitario.

La falta de esa conciencia combativa se manifiesta en el movimiento antitotalitario de casi todos nuestros países. Al hecho altamente auspicioso de que la lucha antitotalitaria ocupa el primer plano en el interés de todos los que sienten inquietud por el porvenir inmediato de la humanidad, se contrapone la realidad deprimente de grandes organizaciones de izquierda —políticas, sindicales, populares— cuya actividad se diluye en un apoyo incondicional a los gobernantes de las potencias democráticas en guerra. Por un lado, al conjunto antitotalitario se fortalece con la afluencia de hombres y mujeres en quienes despierta el ansia combativa por factores puramente emotivos, como reacción humana ante las brutalidades del fascismo enseñoreado en toda Europa; por otro, se debilita con la falta de fe, la inoperancia, la esterilidad de sus acciones, la carencia de contenido social profundo.

No es que pretendamos que como cosa previa se establezca un programa reconstructivo completo, para así dar una base positiva a la lucha antitotalitaria. Aun deseando fervientemente tal concreción de ideas, sabemos que existen dificultades enormes para lograrla, y que hay que combatir hoy mismo al nazifascismo, en todas las formas posibles.

Pero no podemos confiar tampoco en los resultados de una acción que sólo abarca la superficie del problema. Demasiado fresco está aún el recuerdo de los pueblos europeos que fueron asaltados por el nazismo y no atinaron a oponer una defensa adecuada, pues confiaron ciegamente en las "defensas diplomáticas", en la "neutralidad", en la honradez antifascista de dirigentes como Reynaud, Daladier, Pétain, Darlan, etc. Demasiado evidente es, ahora mismo, la contradicción existente en quienes invocan circunstancialmente a la libertad como oposición al totalitarismo nazifascista, y sostienen como fórmula de materialización social de la libertad el establecimiento de una dictadura... así se llame proletaria. ¿O es que hemos de creer, además, que una vez vencido el totalitarismo (representado en esta guerra por el Eje nazifascista) se encargará la clase capitalista burguesa de estructurar un sistema de ascendente libertad?

Se supone que todo elemento que milita en las izquierdas, está por encima de tanta ingenuidad política. Y, no obstante, cualquiera puede ver que el carácter del movimiento antitotalitario argentino es justamente ese, de ingenuidad y contradicción.

Toda la propaganda escrita u oral, todas las colectas, los Congresos, llevan un marcado sello de superficialidad: ayuda a las democracias en guerra, homenajes a héroes de ciertas poblaciones, cooperación interestatal americana, apoyo a los Estados Unidos, etc. Mientras tanto, los elementos fascistas actúan con absoluta impunidad, al amparo de una situación política que les otorga privilegios. Ellos son mucho más inteligentes para desarrollar su propaganda y sus actividades: sostienen la soberanía y la neutralidad nacional, hablan poco o nada del nazismo y explotan deficiencias del régimen democrático; sacan del fondo de nuestra historia los personajes políticos más reaccionarios y sacan partido del odio a los imperialismos económicos en muchos hombres sanamente inspirados, desengañados por la falta de contenido moral de los partidos populares y las organizaciones obreras mayoritarias. Las consecuencias notables de esa diferencia de métodos, se nos muestran en ocasión de celebrarse ciertas efemérides proletarias: una enorme muchedumbre acompañando las manifestaciones izquierdistas, pero carente de vehemencia, apagada, reunida más por hábito que por entusiasmo; y en las manifestaciones fascistas, una juventud fanática, agresiva, llena de fe en los caudillos, con un espíritu de lucha que hace recordar, tristemente, a las juventudes alemanas de la socialdemocracia cuando se plegaron en grandes masas al hitlerismo por espíritu combativo, por encauzar en cualquier acción el entusiasmo refrenado.

Eso por un lado, y por el otro la certeza de que muchísimos antifascistas sinceros, de convicciones liberales firmes, se mantienen al margen de toda actividad por no haber hallado el camino que les inspire confianza, el movimiento antitotalitario que lleve también un contenido de renovación social, debieran llamar a la realidad a los hombres que tienen sobre sí la responsabilidad, la de conducir a grandes núcleos de tal lucha.

Un panorama similar, con sólo la variación de caracteres de los ambientes respectivos, es el que ofrece el movimiento antitotalitario en casi todos los demás países de América. Pareciera que se deja de lado el planteamiento de exigencias que son indispensables para que los pueblos puedan vivir una relativa libertad, supeditándolo todo a la intervención militar en la guerra, del lado de los aliados. Las mejoras vendrán después de la victoria... ¿Pueden confiar en tal promesa aquellos pueblos que conocen bien de cerca, por haberlos sufrido en carne propia, cuáles son los métodos ordinarios de Getulio Vargas, Prado, el coronel Batista y otros ex dictadores fascistas volcados como por arte de magia al campo democrático? ¿Pueden los pueblos americanos esperar tranquilos a que en la postguerra sean solucionados todos los problemas económicos, industriales, del comercio interamericano, en virtud de la benevolencia de los dirigentes del capitalismo norteamericano?

La Asociación América Libre responde a esos interrogantes estableciendo claramente que "ha de alentar la lucha actual de todas las corrientes antotalitarias, pero manteniendo a través de tal acción conjunta la lucha integral por la existencia y la libertad de los pueblos americanos". Es decir, que sólo puede inspirarnos confianza la acción continental contra el enemigo más impostergable, si paralelamente se adquiere una conciencia absoluta de que esa lucha no será estéril, desde el punto de vista de los intereses populares, en cuanto a conseguir mayores garantías de independencia política y económica, en cuanto a conquistar el derecho a modelar una estructura social de acuerdo con sus propias aspiraciones y no respondiendo a la presión de influencias extranjeras.

NO DEBE PAGARSE TRIBUTO AL TOTALITARISMO

En momentos de decisiva significación histórica como los que vivimos, ante la proximidad de acontecimientos aun más trascendentales, los que habrán de determinar el curso de una nueva etapa en el desarrollo de la humanidad, es de vital importancia saber resistir la sugestión de las corrientes demagógicas, groseramente gregarias y confusionistas, las que suelen extraviar a las personas mejor intencionadas, sinceramente dispuestas a servir la causa del progreso social, haciéndolas actuar en un sentido totalmente opuesto al de sus más íntimas aspiraciones.

Es un hecho que puede comprobarse universalmente —por encima de las diferencias raciales, temperamentales, de clase, etc.,— que la mayor parte de los individuos, ordinariamente indiferentes o poco menos ante las luchas político-sociales que se desarrollan de un modo permanente entre minorías definidas y conscientes de sus intereses o ideales, suelen precipitarse a una actuación apasionada en determinados momentos, cuando tales luchas se aproximan a un punto culminante, para decidir con el peso de su acción el rumbo que habrán de tomar los acontecimientos. Esta acción, movida en su entraña más profunda por resortes intuitivos o sentimentales, puede ser de resultados fecundos y creadores, en el sentido de la libertad y la justicia, si el impulso dinámico de las masas es canalizado por una orientación adecuada y justa. Pero puede llevar también a resultados catastróficos y francamente regresivos si dicho impulso es desviado por una propaganda insidiosa, suficientemente hábil para impresionar a grandes contingentes populares y arrastrarlos hacia objetivos que sólo sirven a la ambición de dominio de determinados individuos o grupos dirigentes.

La historia contemporánea, la historia de nuestros días, ofrece de ambos casos, ejemplos concluyentes. El gran movimiento de masas que abarcó casi todos los países de Europa y América, desde la segunda mitad del siglo pasado, hasta la primera guerra mundial, en pos de reivindicaciones socialistas y liberales fué, con toda evidencia, un movimiento creador, al cual se deben todas las conquistas en materia política y social que han alcanzado los pueblos, venciendo una enconada resistencia opuesta por los grupos privilegiados y reaccionarios. Ello fué posible porque hubo una adecuada conjunción entre los impulsos instintivos de la masa hacia la justicia y las **ideas y conceptos** que desarrollaron las minorías políticas y sociales de vanguardia y que **impregnaron**, por así decirlo, el ambiente de la época. De tal modo, que en cierto momento hasta los mismos conservadores tuvieron que ceder, admitiendo en parte las reformas que habían combatido anteriormente. Si no lo hubieran hecho, es probable que habrían sido arrollados por la gran corriente popular que reclamaba imperiosamente reivindicaciones a tenor de las ideas dominantes en el preciso momento histórico en que aquélla se manifestaba. Así se explica —y sólo así— el carácter liberal y socializante del programa político y de la legislación realizada por grupos y partidos a menudo conservadores y burgueses. Como suele decirse, tuvieron que **pagar el tributo a la época**. La "época" era simplemente resultante de las ideas de libertad y socialismo que, por diversos conductos, penetraron en el seno de la masa explotada y postergada, fecundando y orientando su impulso instintivo hacia realizaciones de progreso social.

El mismo fenómeno, en sentido inverso, se ha manifestado en los últimos tiempos en algunos países, donde las corrientes totalitarias —de matiz rojo, negro o pardo— han logrado arrastrar a grandes multitudes, llegando a configurar verdaderos movimientos de masas. Consideramos totalitarias las tendencias que postulan una concentración absoluta del poder, con la eliminación de toda divergencia pública de opinión, la imposición de un partido único, de una autoridad estatal omnipotente, contra la cual constituye un máximo delito, cualquier oposición. Algo esencialmente opuesto a lo que se entiende por liberalismo, democracia y también del socialismo, en su verdadero sentido de justo orden de convivencia inseparable de la libertad política.

Sea cual fuera la ambición de poder, la brutalidad y la falta de escrúpulos de los jefes totalitarios de todas las latitudes y de todos los colores, no puede implicarse en la misma categoría, moralmente, a las grandes masas humanas que los han seguido en algunos lugares y oportunidades, en tanto hayan sido masas **auténticas** y no una tropa mercenaria u obligada a actuar como comparsa. Dejando de lado los tópicos de propaganda, perfectamente justificados, no cabe negar que esas multitudes manejadas por los totalitarios, las que tantos males han desatado sobre otros pueblos y, de rebote, sobre ellas mismas, han procedido inicialmente movidos por cierta mística, por cierto impulso irracional que no se diferenciaba esencialmente del que había determinado en otras circunstancias y con orientación muy distinta, grandes conquistas progresivas. La tragedia del caso consistía precisamente en el extravío mental colectivo, en la psicosis autoritaria que se ha apoderado de grandes contingentes humanos, tergiversando los más sanos principios y aspiraciones. Tanto es así que aun aquellos que luchan invocando principios de libertad, de democracia, de autodeterminación de los pueblos, no pueden libertarse, al parecer, de la sugestión autoritaria y proponen o consienten limitaciones a la libertad pública que implican un claro acercamiento a los métodos totalitarios. Es también un modo de **rendir tributo** a las ideas o a los prejuicios dominantes de la época.

Ello es tanto más peligroso cuando estamos en período de profunda transición, cuando todos esperan transformaciones fundamentales, sin que se haya precisado la índole de las mismas ni fijado una orientación clara que garantice una finalidad constructiva, positivamente progresista, al extraordinario esfuerzo que se demanda a los pueblos. Estos momentos de incertidumbre y confusión son ideales para los demagogos, cuya finalidad esencial es sugestionar a la masa, apoderarse de su espíritu y conducirla como a entidad gregaria, sin capacidad de discriminación, al logro de objetivos contrarios al propio interés del pueblo sacrificado.

Hemos dicho que hay muchos demócratas y liberales que en sus soluciones concretas a los problemas del momento, pagan cierto tributo al totalitarismo en auge. Ello se manifiesta especialmente en la tendencia a propiciar una creciente intromisión del Estado en la vida individual y colectiva, lo que reduce el liberalismo democrático a una simple ficción, tanto teórica como prácticamente. Pero más funesta y peligrosa es la expansión de una corriente que por sus ideas, sus métodos y finalidades políticas es fundamentalmente totalitaria, pero que se presenta bajo invocaciones ruidosamente democráticas y que en virtud de las determinaciones estratégicas de la presente guerra mundial, aparece involucrada en el bloque antitotalitario.

Nos referimos, por supuesto, a la corriente bolchevique. Favorecido por el cariz que tomó la guerra a partir de la invasión nazi del territorio soviético, explotando políticamente la heroica lucha del pueblo ruso frente a las hordas hitleristas, el stalinismo ha acentuado su penetración en los medios obreros y populares, al amparo de fórmulas unionistas, absurdamente amplias —puesto que pretende abarcar sectores de la burguesía más conservadora— para cumplir con su permanente misión de confusionismo y disgregación, en vista a un proselitismo demagógico sin escrúpulos y una ulterior finalidad de hegemonía, que es inseparable de la naturaleza oportunista y dictatorial de su doctrina y cuyas consecuencias han tenido que pagar muchas organizaciones que no pudieron evitar su influencia deletérea: fueron dominadas, "colonizadas" o bien divididas y disueltas.

Es que el stalinismo no puede actuar de otro modo, ya que es esencialmente absolutista y totalitario en su concepción política. La doctrina marxista de la dictadura del proletariado, que fué la base teórica del bolchevismo en la revolución rusa, no tardó en manifestarse como una dictadura de partido sobre el proletariado y sobre el resto de la población, al reprimirse violentamente las demás organizaciones revolucionarias y socialistas, al convertir los soviets —Consejos de obreros, soldados y campesinos— en instrumentos del partido bolchevique y al destruir a los sindicatos obreros, transformándolos en dependencias burocráticas del Estado, con lo que se quitaba a los trabajadores toda posibilidad de defensa ante la prepotencia de los funcionarios burocráticos. Siguiendo la lógica de todo absolutismo, la dictadura de partido degeneró en dictadura personal, con la consiguiente supresión de toda oposición interna, convirtiendo en crimen la más leve crítica a la línea oficial y cualquier duda sobre la infalibilidad del "bienamado" jefe supremo. La obsecuencia, la falta de convicciones personales, el oportunismo y la demagogia a todo trance se convirtieron en virtudes máximas en el partido cuyo fundador, Lenin, había fustigado del modo más despiadado a los oportunistas y demagogos que habían deshonrado al socialismo de la Segunda Internacional. Y esa corrupción y falta de escrúpulos de que hizo gala el stalinismo, trascendió al entero movimiento obrero y socialista mundial, despojándolo de toda personalidad y capacidad de lucha y decepcionando a millares de trabajadores que habían saludado en la revolución rusa el advenimiento de una nueva era de justicia social.

¿A qué se debe que a pesar de sus múltiples desviaciones, su tortuosa política general y su traición a los auténticos movimientos revolucionarios, el stalinismo haya podido ejercer mundialmente una influencia suficiente, al menos, para producir tales efectos deletéreos? Al ocuparnos en otra oportunidad de este problema hemos señalado que la causa de tal influencia residía en la decisiva sugestión del afianzamiento del poder soviético, como un hecho material y triunfante que apela a la necesidad psicológica de las masas de apoyar sus esperanzas en una fuerza efectiva, sin cuidarse de considerar la naturaleza y los resultados sociales de esa fuerza. Los stalinianos han sabido sacar partido de esa propensión general —de la que tampoco se libran muchos presuntos orientadores— como también han sabido aprovecharla para sus fines los agentes nazis, que han impresionado a mucha gente desprevenida con la eficiencia industrial y militar del hitlerismo y su pretendida invencibilidad.

Ese factor, por lo que respecta a los bolcheviques, se ha acentuado, como sabemos, con las contingencias de la guerra y el decisivo papel que está jugando Rusia en la ardua tarea de vencer y aniquilar el nazifascismo. Más aún, la actitud fría, y de hostilidad apenas disimulada por parte de un sector de la burguesía aliada frente a Rusia y las medidas persecutorias que algunos gobiernos, como el nuestro, toman contra los representantes del stalinismo, han tenido la virtud de provocar de rechazo cierta simpatía en determinados sectores populares que sin aquellas circunstancias no les habrían prestado la menor atención. De ese modo, los agentes stalinianos encuentran facilitada su tarea de penetración, disgregación y copamiento, de cuyas consecuencias el movimiento obrero de este país, escindido y corrompido en gran parte de sus núcleos dirigentes, constituye una prueba tristemente elocuente.

Pero todo eso nos resulta insignificante frente al problema de una adecuada orientación de los organismos obreros, populares, técnicos, etc., que habrán de intervenir activamente en una nueva reconstrucción —sea cual fuera la amplitud que ésta alcance— si se piensa que el stalinismo como partido o como arma de actuación puede tener una influencia preponderante o sólo ponderable en esa vasta labor. Ello significaría simplemente que estaríamos confrontados con nuevas, aunque vergonzantes tentativas de ordenación totalitaria y las aspiraciones de libertad, lo que se entiende por auténtica democracia, se habrían esfumado una vez más.

Por lo demás, sabemos que el stalinismo no tiene en el orden mundial una finalidad revolucionaria ni un objetivo constructivo de ninguna especie, sino sólo el de adquirir la mayor influencia posible en todos los países donde actúa y poner esa influencia al servicio de los intereses circunstanciales y cambiantes del Estado soviético. Así como antes liquidó la teoría de la lucha de clases para proclamar la fórmula "salvadora" de los **frentes populares**, así como propone ahora la **unión nacional sin exclusiones**, debiendo comprenderse en ella incluso a los fascistas "arrepentidos", es posible que mañana vuelva a repicar la cuerda clasista y revolucionaria, abominando de sus consignas actuales. Pero en uno como en otro caso no se trata más que de maniobras oportunistas que nada tienen que ver con la defensa de la democracia como régimen político ni con la revolución como medio de progreso social. Sólo persiguen el objetivo que hemos señalado: influenciar a las masas, dominar o mediatizar las consignas del partido para el afianzamiento del poder de Stalin o de sus sucesores. Un objetivo totalitario que sería sumamente lamentable como desenlace de la gigantesca lucha de los pueblos contra el totalitarismo nazifascista.

Creemos que los organismos obreros y populares deben preocuparse seriamente de contrarrestar la infiltración hegemónica del stalinismo fijándose objetivos propios de lucha y desterrando toda especie de tutelaje y demagogia en sus determinaciones, si no quieren desaparecer como entidades libres, dotadas de personalidad política o social y destinadas a determinados fines de interés colectivo. Somos resueltamente contrarios a las restricciones y persecuciones que opone el gobierno contra los agentes de esa corriente, que rivalizan con los partidos tradicionales en patrioterismo y devoción a la legalidad establecida. Rechazamos esas medidas restrictivas por principio libertario y por la convicción de su carácter innocuo y contraproducente, pues facilitan más que impiden el proselitismo stalinista. Pero es necesario que los partidarios de la libertad y de la decencia política y sindical, los antitotalitarios consecuentes, defiendan activamente sus organizaciones, combatiendo la sugestión de la demagogia bolchevique que se introduce en ellas como una nueva quinta columna, para desnaturalizarlas sembrando la confusión ahí donde hace falta fe en los ideales constructivos para contribuir a una libre y equitativa reconstrucción de la sociedad.

JACOBO PRINCE

UNA SINFONIA DEL MUNDO

SOBRE LA SEPTIMA SINFONIA DE DEMETRIO SHOSTAKOVICH

PACO AGUILAR

Un sólo grito. Eso es, para mí, la Séptima Sinfonía de Shostakovich: un grito telúrico en Do mayor y en cuatro tiempos.

No temas, lector, un análisis didáctico a propósito del concierto que Juan José Castro dirigió el 12 de abril. Lo que es propio del aula, es absurdo en un periódico. Si eres entendido en la materia y no has oído la Sinfonía de Shostakovich, debes, primero, oirla; después, quedarte con tu impresión. Si eres profano y la has oído, también debes quedarte con lo que ella te dió y no con lo que yo traduzca. Sólo me dirijo al lector que queda; al que pues, ni técnico, ni entendido, no ha escuchado la ejecución de tal obra maestra.

Nunca asisto a un concierto con la cabeza de músico, sino con el alma de hombre. No por ausencia de obligaciones de crítico, (las que, por experiencia, he comprobado cuán ingratas son), sino por defensa de mis derechos a recibir la caricia de un perfume misterioso que llega a mis sentidos, sin indagar su origen y mucho menos su composición molecular. Conozco la acción destructora de las ciencias en las cuestiones espirituales. En la música todavía acudo a oir, a recibir; no a analizar, no a descomponer.

Así acudí al llamado de Juan José Castro la noche que, bajo su ascendente y cada vez más segura batuta, se ofrecía en Buenos Aires el estreno de la Sinfonía "Leningrado".

No tenía otros informes de Demetrio Shostakovich que los por mí recibidos un año antes, cuando el mismo intérprete dirigió la Primera "Sinfonía" del mismo autor.

—Una llamarada, un fogonazo deslumbrante, un músico extraordinario— me decía a mí mismo mientras, camino de mi butaca, simulaba preocuparme el ambiente social. Y entre saludos, apretones de manos y sonrisas externas, me repetía: una llamarada, mucha juventud, mucha frescura. Ni Beethoven, ni Wagner, ni Debussy, ni Strawinsky, ni Falla. Algo de lo bueno de cada uno de ellos, y mucho de él. Pronto será todo suyo y todo bueno. Quien así empieza a caminar por las regiones del arte, no puede tardar en viajar solo, sin otro equipaje que el suyo propio. Ya me hizo feliz con su Primera "Sinfonía"... Y si aquella era la primera, y ésta es la séptima... No quiero programa. No necesito datos. Son suficientes los ya dispuestos en los pupitres. Voy a disfrutar, y nada más.

Empezó el concierto.

Sobraban motivos para disfrutar; para que disfrutara cualquier oyente, y más aún un músico. Lo que fué una llamarada de sana juventud, era ahora la lumbre de una madurez serena, de una acabada maestría para la que ya no guardan secretos ningún instrumento de la orquesta, ningún timbre, ningún matiz, ningún ritmo, ninguna armonía, ningún contrapunto, ningún silencio. ¡Ah, el empleo del silencio !Sin él no hay respiración, no hay cuerpo, no hay música.

¡Qué tremendos silencios! ¡Cómo sonaban! No sé si los "fortísimos" eran más dulces que los "pianísimos". No sé si las sordinas eran más profundas que los tremolentes timbales. Sé que los silencios inundaban de misterio mi oído. Sobraban motivos, digo, para disfrutar; para que disfrutara cualquier oyente, y más aún, repito, un músico.

Pero, ¡ay!, la orquesta me hirió en su primer ataque, con aquel "unísono", simple como una palabra, enorme como una palabra en bocas de la muchedumbre, terrible como una palabra que la muchedumbre grita acompasada. Cuando pude darme cuenta de que la Sinfonía había comenzado, ya estaba herido, ya sentí dolor. Dolor de antes, dolor dormido y bruscamente despertado. Ya no pude oir nada que no me doliera. Ya no pude oir un instrumento que no se quejara. Sólo se oía los lamentos, los lamentos sordos de voces escondidas bajo quién sabe qué masas de hierro y piedra. Y en medio un silencio... Un interrogante de angustia infinita, algo así como una pregunta sin respuesta, como deseo de ver una luz y no ver más luz que la de la muerte.

Creo que algunos arcos cantaban para levantar el ánimo, para evocar bienestares pasados o venideros. Creo que por momentos algunas maderas bailaban para confirmar valores nacionales de plásticas alegrías. Pero en medio estaban los silencios. Un silencio que gritaba por encima del escándalo guerrero. Un "por qué". *¡¿Por qué?!* Ya había sonado el primero, ya no se callaba, ya seguía, seguía...

Y no disfruté. Sufrí un dolor muy hondo. Un dolor tan hondo, que hoy mismo no sé como me deja contarlo.

Y bien, lector; lo único que puedo decirte sobre la Sinfonía "Leningrado", es que oigas lo que le digo desde el fondo de mi alma a Demetrio Shostakovich.

—Te he escuchado, Demetrio Shostakovich. He oído tu grito, ese "ay" infinito que ni tú ni yo sabemos cuándo empezó, ni cuando terminará. Porque no empezó nunca y ya nunca acabará. Ya está eternizado. En la vida de tu partitura; en la muerte de tus camaradas. Un grito de dolor como el tuyo, no se va; se queda.

Un grito de alegría vendrá después, cual tú lo presientes, cual tú lo conocías, cual tú lo tenías destinado, sin duda, a tu séptima Sinfonía. Pero ese alborozo, ese albor de tu alma no podrá ensombrecer la sombra de tu dolor vívido, de tu tierra herida, de tus entrañas pisoteadas. La alegría es de superficie; el dolor es de adentro. Ninguna aurora puede borrarte una noche de tambores rotos, de tambores viejos, de tambores olvidados que pasan, que pasan, que van, que van hacia allá, ¡hacia allá!, y que de allá no vuelven, no han vuelto, no volverán... Tan solo una noche... Y son muchas las noches llenas de tambores y tambores, de hombres y más hombres, de niños y más niños, de mujeres novias y de mujeres madres que salieron de su cielo para meterse en el infierno.

He oído tu grito, y lo sigo oyendo. No sé cuándo empecé a oirlo. Sé que estaba allí, que sonaba dentro de tu orquesta, que venía sonando desde antes, siempre desde antes, que venía sonando desde... desde antes de haber empezado.

Terminaba tu Sinfonía: la orquesta presentaba temas de ritmo marcial, de espíritu heroico, de alegrías victoriosas; y tu grito seguía sonando. La Sinfonía se acabó y el público te aplaudió. Yo no, porque tu grito seguía sonando. La orquesta se fué. Y se fué el público, y la sala se apagó. Y tu grito seguía encendido. Sigue. Seguirá.

Escribirás nuevas Sinfonías. Tendrás sólo flores a tu alrededor, sólo pájaros cantantes, sólo risas de amor, sólo primaveras que te inspiren; pero yo sé que de tus manos, mientras vivas, caerán sobre tus partituras notas y notas de dolor.

Yo te oigo, Demetrio Shostakovich. Y porque te oigo, no espero a conocerte para abrirte mis brazos. Te los abro desde el pueblo español. Y desde el pueblo español te digo: ¡Grita, grita más, no ceses de gritar! ¡Que cuando se pide lo que tú, se puede y se debe gritar: Que el dolor no quita fuerzas y el hambre de justicia las da. Lo aprendí de don Quijote. De él me acordé frente a tu Sinfonía. Pensé: don Quijote no conoció la guerra total, no supo de aviones que se meten en las casas para sacar al aire pedazos de niño, y sin embargo gritaba como tú. Se dirigía al mundo como tú; él con su lanza vieja; tú, con tu música nueva.

Al grito de don Quijote llamábale el mundo —le llama— *su locura.* Al tuyo le llama —le llamará— *tu Séptima Sinfonía.*

Locuras son las dos. Locuras de dolor. Locuras de angustia. Locuras de justicia. Las dos son música. Música que se aplaude cuando acaba, pero que no se va, no se acaba, queda.

Ya empieza el mundo a oirla, sin necesidad de ir a escucharla. Puede que pronto se olvide. Cuida tú que tu orquesta no la deje de ensayar, que esté siempre preparada, para que, al menos, tu pueblo no pierda la dicha de ese concierto.

El mundo le llama *tu Séptima Sinfonía.* Dime, Demetrio Shostakovich: ¿por qué llamarla "Sinfonía de Leningrado"? Aunque en Leningrado la hayas escrito, ¿por qué no llamarla "Sinfonía de Rusia? Y aunque la hayas compuesto en Rusia, ¿por qué no llamarla "Sinfonía del Mundo"?.

Adolfo Montiel Ballesteros nació en Paysandú, el 2 de Noviembre de 1888.

Inició su carrera literaria publicando dos tomos de versos juveniles, a los cuales siguió un volumen de verso libre, *Savia,* en 1917.

Posteriormente cultiva la literatura narrativa. En 1920, en Florencia, Italia, aparecen sus *Cuentos Uruguayos* elogiosamente recibidos por la crítica. En 1922 *Alma Nuestra,* integrado en su totalidad por cuentos gauchos, reafirma su personalidad. Entre 1922 y 1923, alejado de su patria en una función consular, empieza a escribir sus breves cuadros poemáticos —fauna, flora, accidentes geográficos, costumbres típicas, folklore sudamericano— que forman su primer libro de *Fábulas,* aparecido en Catania, Italia, 1923.

En 1924, se edita en Montevideo, Uruguay, su volumen *Los rostros pálidos,* crítica e ironía leve del ambiente europeo. En 1925, con los tipos de Nuestra América, Buenos Aires, Argentina, nace su novela *La Raza,* a la que le sigue, en 1927, su colección de novelas breves *Luz Mala.*

Ya en Montevideo, en 1928 de vuelta de Europa, reúne algunos cuentos humorísticos bajo el título de *Montevideo y su Cerro.*

Su novela de ambiente campero *Castigo 'e Dios* y su relato para los niños *El viaje de Pibe alrededor del mundo,* ven la luz en 1930.

Sus fábulas, que terminarán por formar un amplio cuadro legendario o mítico, de la fisonomía física y espiritual de estas tierras americanas, se aumentan con otros dos libros del género: *Nuevas Fábulas* (1932) y *Novísimas Fábulas,* los que serán completados con un cuarto volumen, *Historias Zorrunas,* terminado actualmente.

Ha publicado en la "Sociedad Amigos del Libro" una novela de ambiente ciudadano, *Pasión* y *Queguay, el niño indio,* un cuento para niños editado por Lacaño Hnos., ilustrado con bellas maderas del pintor Guillermo Rodríguez.

En 1935, estrena con éxito, en el Teatro del Pueblo, de Buenos Aires, su pieza satírica en verso, *Farsa,* y en 1937 lleva a las tablas en Montevideo, una comedia de teatro para los niños, *La varita mágica.*

Algunos de los cuentos y especialmente las fábulas de este autor han sido vertidas a los idiomas alemán, francés, italiano y portugués y publicadas en revistas, periódicos, diarios y libros del extranjero.

Han aparecido críticas y estudios sobre Montiel Ballesteros en periódicos y revistas suramericanas, norteamericanas y europeas y en diversos libros.

La Biblioteca "Democracia y Libertad", de Montevideo, publicó en 1937, su novela *Barrio,* cuadros típicamente montevideanos, con marcada tendencia social. Y la Editorial Mar, Montevideo, editó en 1939 un volumen de teatro, conteniendo la pieza que le da el título *Dios y el Diablo. Sociedad Limitada* y *La Isla y Juan.*

En 1939 y en 1940, aparecen en Chile sus libros *Cuentos para los niños de América, El país de los sueños* —leyenda para niños— y dos pequeños cuentos infantiles, *Aventuras de un rayito de sol* y *La cola de Añá.*

En 1941 y con destino a las escuelas se edita su novela *La República de los niños.*

Un nuevo libro de cuentos uruguayos, de carácter gauchesco, denominado *Querencia,* se edita en Montevideo, el año 1941 y 1942, aparece su obra de teatro *Farsa,* pieza en verso, a la cual se ha hecho mención.

URUGUAY: *MONTIEL BALLESTEROS*

El Hombre y el Muñeco

Un hombre gris, de manos flacas y nerviosas, afanado, en cuerpo y alma, en realizar su concepción. El laboratorio en que trabaja es triste y destartalado. En un rincón de su mesa, atiborrada de materiales heterogéneos y de herramientas, un botellón con agua y un pedazo de pan seco. Hay un ventanal opaco de polvo. Un vidrio roto, permite entrar al frío glacial e implacable y deja ver el mundo silencioso y vacío.

El hombre, *dando los últimos toques a su obra.* — ¡Crear! ¡Crear cualquier cosa! ¡Aunque sea un muñeco! ¡Es el crear lo que nos da categoría y dignidad, lo que nos acerca a los dioses!

Desde la más ínfima existencia a la criatura más perfecta, en la humana posibilidad, todos los seres se preocupan por realizar algo: por lo menos el nido, la cueva, la madriguera... esto es, el refugio y la protección de las nuevas vidas, que despiertan en el oscuro impulso del instinto.

El muñeco, *que ya comprende, siente y piensa.* — Conversa el hombre...

El hombre. — ¡Hasta el esclavo crea! El esclavo de mala esclavitud, cuanto más el de la esclavitud sublime, que es la de atarse a los ideales y a los altos fines. ¡Que existe una esclavitud heroica, que es la de darse íntegra, total, ilimitadamente!

El muñeco. — ¿Habrá una borrachera de la palabra?

El hombre. — El mismo obrero, que no es sino un esclavo de la sociedad, la cual le impone el yugo del trabajo, apenas compensado con el pan y el techo, lleva a cabo su función con amor, y crea. A veces quizás lo ahoga la rabia y la humillación de sus cadenas. A veces quizás le nubla la visión el odio. Pero, en el ritmo y el entusiasmo de la labor, olvida la artesanía forzada y su mano se aplica paciente y su inteligencia se expande penetrante y se afana en el logro de una perfección admirable.

El muñeco. — ¿Desvaría el hombre?

El hombre. — El ser humano se realiza creando. Aun sin proponérselo, un instinto de equilibrio lo guía como una brújula invisible que le da la justeza de la exactitud y la proporción de la armonía. Y otro impulso divino le asiste, el de siempre aspirar a más.

El muñeco. — Debe estar loco. Yo no lo comprendo.

El hombre. — Por eso el Buonarroti, desesperado de su limitación, increpó en la exaltación de su demencia de artista: ¡Habla! ¡Parla! Y...

El muñeco, *saliéndosele de las manos y dando un paso.* — ¿Y qué? ¿Para qué quieres que hable? ¿Para que te diga una mentira? ¿O para que reniegue de tu habilidad de menestral y del absurdo de tus conceptos sobre la creación? ¡Aunque sea un muñeco! ¿Pero tú sabes lo que dices, charlatán? ¡Aunque sea un muñeco! ¡Pero es posible! Si no eres capaz de construir un hombre, destrúyeme! ¡Rómpeme! ¡Destrózame! ¡Vuélveme un inerte montón de materia: maderas, alambres, papel, pintura, cola! ¡Devuélveme al caos, a la sombra, a la nada de donde me sacas!

El hombre. — Pero, ¿y qué quieres? ¡Eres un muñeco! ¡Eres un muñeco perfecto! ¡Yo he cumplido!

El muñeco. — ¡No! ¡Te equivocas! ¡Yo no quiero ni debo ser una apariencia, un simulacro, una ficción!

El hombre. — ¡Un muñeco!

El muñeco. — Un muñeco es la sombra de un hombre. ¡No! ¡No! ¡Ser o no ser! ¡Ser un muñeco es no ser!

El hombre. — ¡Ser o no ser! ¡Qué denso y trascendente el dilema hamletiano! ¡Ser o no ser! ¡Criatura mía, hijo mío, es que yo no quiero que sufras!

El muñeco. — ¡Yo ansío vivir! ¡Vivir!

El hombre. — ¡Vivir! ¿Pero sabes lo que dices? ¿Lo que te aguarda? ¿A lo que te expones? ¡A amar! ¡A llorar! ¡A sufrir! ¡A soñar! Y lo más terrible, el castigo dantesco, la condena eterna e ineludible: ¡Dudar!

El muñeco. — Yo no dudo.

El hombre. — Eres, pues, feliz. Continúa así. ¿Qué más quieres? ¡No dudas! ¡No dudas! — *El hombre cae de rodillas, juntas las manos, los ojos iluminados.* — ¡No dudas!

ESCRIBE HAYA DE LA TORRE

RESPONSABILIDAD DE INTELECTUALES

Lin-Yutang, que es de los grandes intelectuales del mundo a quien podría señalarse como caso de hombre que piensa desde su "Espacio Tiempo histórico" —sin dejar por eso de ser universal—, ha escrito las más penetrantes y libres opiniones sobre la responsabilidad de los escritores profesionales en estos nuestros azarosos tiempos. El, con la extraordinaria autoridad de un chino, que sigue siendo profundamente chino, a pesar de sus contactos e influencias con el mundo occidental, ha lanzado quizá las más incisivas y certeras reprensiones contra aquellos escritores que, asidos a sus magníficos prejuicios, pretenden conformar el mundo nuevo a imagen y semejanza de su encendida fantasía.

Las críticas del valiente escritor asiático suscitan detenidas reflexiones. Vienen de un gran representante del moderno pensamiento oriental, cuya plena libertad de criterio ha sido demostrada en osadas y claras opiniones antiimperialistas sobre el caso de la India. Ellas solas valdrían el homenaje del mundo al pensador que, con Nietzsche, "dice su palabra y se rompe". Porque, estemos o no de acuerdo con sus ideas políticas y sociales, lo que importa es su realismo, su amplitud, su probidad.

A nosotros los indoamericanos nos toca en mucho la advertencia de Lin-Yutang sobre la peligrosa influencia de los intelectuales en este minuto de "doblar la esquina" en que se halla la humanidad. Se oyen tan pocas voces de orientación y se leen tantas y tan desconcertantes expresiones de confusionismo, que hay sobrada razón para temer, y mucho, del destino de los pueblos confiados a tan perturbados exégetas.

Para los que no tenemos función de "intelectuales puros" resulta extremadamente descorazonador el intento de seguir la línea de pensamiento de nuestros portavoces de la inteligencia. Leemos asombrados las más extrañas opiniones o los más despreocupados comentarios. Unos escondiendo, acaso sus simpatías fascistas, siguen tratando de Europa y de su cultura como perennes patrones para nuestra América sin tener en cuenta los profundos cambios que en ella se han operado. Otros se entregan al fácil papel de corifeos obsecuentes del pensamiento oficial de los posibles vencedores. Y, los que creen ser más avanzados, "siguen esperando pasivamente de Rusia el nuevo advenimiento".

Entre los principales grupos de escritores globalmente diferenciados en esa nota hay, claro está, innumerables matices. Tenemos, por ejemplo, el escritor imperialista pro-británico que lanza advertencias, más o menos disimuladas, contra la expansión norteamericana. Y tenemos el otro tipo: el que se conmueve hasta las lágrimas por la suerte de la India y no por la de su propia tierra. De este subgrupo hay numerosas variantes a su vez, como el que considera que ser un "leal servidor" de la causa democrática es ignorar ciertos conceptos, ciertos hechos y aun ciertas referencias. Así leía hace poco en importante diario de Buenos Aires una desdeñosa mención argentina al "llamado imperialismo norteamericano", como quien se avergüenza de que en nuestras tierras se haya inventado tal falsedad...

Para este último tipo de "más realista que el rey", vale el recuerdo de los propios norteamericanos honestos y constructivos. Y vale recordarles —sin ir muy lejos— las siguientes palabras del vicepresidente de los Estados Unidos de Norte América dichas hace apenas unos pocos días en Guayaquil: "Si la liberación del pueblo por la que estamos luchando se convierte otra vez en **imperialismo** y opresión esta terrible guerra habrá sido en vano. Si este sacrificio de sangre y de esfuerzos nos trae **nuevamente** la concentración de las riquezas en manos de unos pocos, y las grandes fortunas para los privilegiados juntamente con la miseria y la pobreza para el pueblo en general, la Democracia habrá fracasado entonces irremediablemente".

Y éstos no son conceptos de un intelectual, sino de un hombre de acción y de un político que es el segundo ciudadano de la más poderosa nación industrial y financiera de nuestros tiempos, quien nos enseña a usar las verdaderas palabras. Y él dice a los pudorosos escritores que quieren olvidar el pasado para entrar en un mundo idílico y virgen, que la historia no se hace así. Porque el mal y la injusticia, son también negaciones anteriores y necesarias en el proceso dialéctico de la vida social.

Y a propósito de dialéctica, importa recordar a los escritores marxistas "oficiales" que han adoptado la "táctica del silencio" frente a los problemas que antes encaraban con gran desenfado, en vista de que "hay que ganar primero la guerra". Tampoco se percibe de su lado una interpretación realista y verdaderamente revolucionaria de los grandes acontecimientos universales. La guerra es guerra, sí, y hay que ganarla, pero es también camino sangriento hacia la paz que no será posible sin un verdadero nuevo orden. Y éste no sólo debe ser "anti" nazi, sino "pro"... algo: O democrático, o comunista; o burgués o proletario. He aquí lo que haría falta oír de los voceros intelectuales del marxismo ortodoxo fuera de sus invocaciones guerreras y de sus frenéticas loas a la necesaria cohesión de las Naciones Unidas.

Parece que no han abandonado los escritores criollos —o gran parte de ellos— la actitud de deslumbramiento que ha sido poderoso determinador de nuestro colonialismo mental de antequerra. Siguen espectando y glosando, pero siguen deslumbrados. Y aunque es cierto que hay muchas razones para estremecerse ante el crujir de toda la arquitectura de una gran Edad de la Historia, es de mucha importancia no perder minuto en la apreciación del fenómeno como tal y en la interpretación previsora de sus proyecciones sobre nuestro continente.

De este tipo de expresiones intelectuales nos faltan. Los grandes países del oro y del acero han oído y van oyendo voces promisorias como las del estadista norteamericano que acabo de citar. Imaginativas o no, valen mucho para ellos las palabras de H. .G Wells y la de tantos otros profetas del orden futuro. Pero aquí, aquí en nuestra América apenas si escuchamos al divagador glosar de aquellas voces.

En el número de Noviembre-Diciembre de "Cuaderno Americano" de México —muy tardíamente conocido en el Perú— ha publicado el escritor español Juan Larrea nutrida y sugeridora carta-ensayo que titula "Hacia una Definición de América". Claro está que en ella se trata de "América" en globo —de Panamérica—, y que por la naturaleza del mensaje, de español a español, no ahonda mucho en el profundo tema. Pero literatura así complace leer. El escritor Larrea, que seguramente sabe cuánta responsabilidad tuvieron los intelectuales de España en su desorientación política aprovechada por el nazifascismo parece vislumbrar con emoción el futuro de este Nuevo Mundo nuestro.

Dice, por ejemplo: "El destino de América no es aquel que conciben abstraídos del resto, ciertos intereses económicos, sino el que reclaman los intereses profundos de la especie: la racionalidad en su nivel exaltado, la suma de los valores materiales y espirituales superiores de los que depende la integración orgánica del hombre en el cosmos". Estas palabras abren ancha entrada al debate y a la fecunda opinión, porque traen hacia nuestras latitudes el foco de un pensamiento emancipado.

Se habla de un Congreso Interamericano de Escritores. Por más desconfianza que estas formas panamericanas de regimentación mental despierten entre nosotros —salvando lo grato que es para los escogidos el turismo que ellas provocan—, quizá si convenga apoyar la idea. Los Estados Unidos pueden gastar dinero en estas cosas del espíritu, y si no hay ninguno de los nuestros que se decida a dar suficiente importancia a una asamblea de intelectuales, vale aprovechar la oportunidad. Pero habría que exigir, como derecho del hombre de la calle, que nuestros intelectuales asumieran con toda responsabilidad su apostolado. Que abandonaran la vanidad —¡tan frecuente ahora!— de disputarse el favor de la aprobación de poderosos cenáculos panamericanistas y dijeran su verdad. Su verdad de nuestro ángulo. Su verdad limpia, desinteresada, atrevida tal como la necesitamos aquí para orientarnos.

Con los viejos conceptos y aun con los viejos términos no se interpreta ni se orienta a un mundo cambiante y veloz en sus transformaciones radicales. "Un nuevo equipo de ideas" necesita el hombre para expresar el nuevo universo. Todo está en revisión. No hay canon libre de resquebrajadura ni norma intelectual que no requiera reajuste.

Y para nosotros los indoamericanos el imperativo es ineludible: somos parte de un Hemisferio cuyo más evolucionado sector gravita cada vez con mayor dominio no sólo sobre nosotros sino sobre el mundo todo. No nos basta hablar de "América" o de la "Unidad del Hemisferio", así, con candor entusiástico de tiempos de guerra. Hay algo más hondo y más grave en todo esto. Hay un problema de búsqueda de equilibrio. Y, para cada país indoamericano, el deber de encontrarse a sí mismo como individualidad indesarrollada, inseparable a su vez de un todo continental que debe desenvolverse en un mundo de expresiones continentales.

No es un problema de desconfianza hacia una contemporánea actitud política y sincera de los gobernantes de Norteamérica. Es un problema de coordinación de fuerzas históricas el que va a resolverse en nuestro Hemisferio por encima de buenas voluntades. Y sobre él los intelectuales no han dicho nada revelador y enrumbador todavía.

Ya sabemos que los Estados Unidos son "potentes y grandes". Ya sabemos que esta guerra hace de nuestros vecinos el primer poder del planeta. Ya sabemos todo eso... Lo que no sabemos cuál será el derrotero de nuestro futuro, pegados a tanta grandeza y poderío. Y una voz, siquiera como admonición autorizada, de nosotros y para nosotros, es necesaria ya, fuera del campo específico de la política.

Incahuasi, Perú, mayo 1943

NUESTRA ENCUESTA: PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

Prof. Dr. Jorge F. Nicolai

Hombre de ciencia y sociólogo de renombre mundial. Autor, entre otras obras fundamentales, de "La Biología de la Guerra".

Biológicamente, la diversificación es siempre preferible a la uniformidad, lo que justifica el deseo de mantener las viejas nacionalidades, aun en un futuro mundo cosmopolita, al menos transitoriamente, hasta que la creciente diferenciación de los individuos haga supérflua toda otra distinción subsidiaria. Pero, por ser más bien un *lujo cultural*, la nación tiene que sujetarse al orden internacional, que, como *necesidad vital*, es el *"sine qua non" de todo progreso futuro*; y para poder considerar a las naciones como factor cultural, se debe naturalmente evitar el absurdo de querer basarlas en la ilusión de razas (que no existen), e igualmente la ignominia de hacerlas depender exclusivamente de la casualidad del lugar natal (con que se degrada al hombre reduciéndolo a un mero objeto sin autodeterminación): hay que elaborar en cambio la nacionalidad como concepto ideológico, lo que evidentemente no sería factible si cada uno no pudiera elegir la suya libremente.

Tres siglos ha, la casualidad del nacer prescribió al hombre su religión (*"cujus regio, ejus religio"*), servidumbre que, legalmente, se ha abolido en los países civilizados; pero, respecto a la nacionalidad somos todavía siervos medioevales; a pesar de que el postulado de que quien siente congenialidad y simpatía espiritual con las instituciones inglesas, pudiera, dondequiera que viviese, cambiar su nacionalidad tal como lo puede hacer con su religión, sea tan natural —sobre todo en una época que valoriza tanto el "idealismo" nacional—, y débese atribuir sólo a la continua amenaza de una guerra (en que tanto "extranjeros" como eventuales quintacolumnistas serían realmente un peligro) que todavía no se haya logrado esta libertad de conciencia, y que ni siquiera alguien piense en pedirla.

La nacionalidad extranjera no es ciudadanía y no otorga a los que no viven en el respectivo país ningún derecho (fuera de los ideológicos), mas tampoco les priva de ninguno en su patria. La *Tolerancia Nacional* debe ser completa, y el convertido debe gozar de los mismos derechos civiles que los no-convertidos, por supuesto también de los derechos políticos —¡sobre todo de ellos!— pues en esto reside el truco de la medida: los Estados que no tienen derecho a existir, que se han formado a base de conquistas o de otras casualidades históricas, que no están unidos espontáneamente por la voluntad de sus súbditos, que son mal gobernados, o, por otras razones, superfluos, irían llenándose de "extranjeros" que al fin de cuentas disolverían legalmente su Estado, no arraigado en sus corazones, en uno mejor. Así las pseudo-naciones (y de ellas hay muchas) desaparecerían, y las auténticas crecerían.

En la ridícula tesis nazi del *"Herrenvolk"* (*pueblo-amo*), hay un núcleo de verdad que juzga un deber, desde el punto de vista biológico, ético y educativo, fomentar lo bueno a costa de lo malo, ya se trate de individuos o de grupos. Sólo que sea bueno de verdad, lo que no se comprueba por vindicarlo el mismo interesado, ni tampoco por ser impuesto por la fuerza de su belicosidad bárbara, sino, como se dice en la fábula de los tres anillos, por sus esfuerzos en "hacerse agradable ante Dios y los hombres", pues sólo los otros, sólo la humanidad entera podría entregarle la palma.

Es evidente que la posibilidad del crecimiento nacional, a consecuencia del esfuerzo de ser humano, sería un poderoso factor del progreso (ya que así la selección se efectuaría según calidades humanas). Hasta hoy es esto un "*pium desiderium*", un anhelo irrealizable, que sin embargo se inferiría espontáneamente de la descrita *Tolerancia Nacional*; pues visto que entonces la única oportunidad de agrandar su nación consistiría en conquistar el aplauso y la simpatía del mundo, los que aman a su patria, en vez de rivalizar en armamentos, rivalizarían en medidas benéficas y harían lo posible para que su Estado sea un modelo que guste a todos y corresponda a sus fines. Se lucharía por el progreso, como antes se luchaba por la destrucción.

Dar a lo humano valor selectivo es ciertamente oportuno, y, como no se puede pedir a los pueblos ser buenos sin mostrarles una ventaja palpable de tal actitud, la idea de la *Tolerancia Nacional*, que vincula la emulación pacífica con un acrecentamiento que antes sólo la guerra podía procurar, me parece oportuna también.

Pero lo más urgente es la creación de un gobierno mundial; que se lo llame Federación, Liga, o con otro nombre, da lo mismo. Sobre esto, sin embargo, no se necesita hablar, ya que todos los entendidos están conformes, y hasta los no-entendidos apenas se oponen; sólo que hasta ahora no han tomado buena nota de que la nueva organización, que naturalmente debe tener fuerza (una tropa de policía, pero que valga un ejército), es incompatible con las *soberanías nacionales*. Sin acabar con ellas, una vez para siempre y bastante radicalmente, el ensayo de una Liga renovaría sólo los tristes tiempos del viejo Imperio Alemán en que la soberanía de los príncipes —y ella no fué siquiera legal— puso trabas a cada acción común y condujo a su final lamentable. Las naciones pueden emularse entre sí, como hoy los ciudadanos en un Estado; pueden también, como hoy las sociedad anónimas, darse estatutos, aunque no todos los que quieren sino únicamente los que las leyes internacionales permiten. La Liga de Ginebra fracasó, no sólo porque no era internacional (ausencia de EE. UU.) sino también porque quería ser una "Liga de Naciones *Soberanas*", ¡como si soberanos (lo que significa "no-ligados" de ningún modo) pudieran formar una Liga cuyo sentido consiste en "ligar" a sus miembros a ciertas normas!

Esta vez CHURCHILL y ROOSSEVELT parecen resueltos a no quedarse a mitad de camino; pero ya se anuncian protestas, como la declaración del ministro de Holanda en London, VAN KLEEFEN, de que las pequeñas naciones valen las grandes, con lo que se obstruiría toda labor de la Liga; pues, aunque a veces sea así, si dos naciones con un millón de habitantes pudieran mayorizar una de cien, representaría una injusticia al céntuplo, y entregaría la Liga a merced de muchas pequeñas naciones que no valen lo que las grandes. Es el viejo orgullo del nacionalismo que habla por boca de Van Kleefen, en contra del cual hay que despertar el cariño a la *"Nueva Patria" de la humanidad*, y crear así un ambiente en que el *"Nuevo Orden del Mundo"* pueda realizarse.

Cuando Churchill, hablando de los "Consejos de Europa y de Asia" —que como administraciones locales son ciertamente útiles— no mencionó la autoridad central, sin la cual estos consejos —con Panamérica como tercero— significarían sólo tres nuevos centros poderosos, y cuyos intereses antagónicos los predestinarán a conflictos futuros, quizás la omitió solamente para no ofender rencores tradicionalistas, pero los escritores independientes pueden ser fran-

cos, y deberían serlo, puesto que la oposición que entablarán los intereses creados de los centenares de naciones soberanas (y más aún de sus gobernantes) será recia y desesperada.

Se teme el predominio de las grandes potencias; al menos así se dice; en realidad los pequeños países temen perder en la gran organización su pequeño poder, que en la estrechez de sus relaciones parecía grande. Prefieren con César ser primeros en villorios que segundos en Roma, sin que por eso sean Césares. En los grandes es un pretexto poco hábil, como si su predominio no existiese en todo caso, y sólo mucho más temible, sin el areópago mundial, que justamente se crea para impedir que los lobos se coman a las ovejas. Además, ninguna de las grandes potencias tendría la mayoría, amén de que ellas se contrabalancean mutuamente. Aun en el caso de que se reunieran para dividirse el mundo entre sí, los tres únicos que entran en cuenta (Anglosajonia, China y Rusia) (1), tendrían, aun juntos, no más de dos quintos de los votos; y si quisieran dividirse el mundo ilegalmente, por la fuerza, podrían hacerlo más cómodamente sin Liga; y si, en fin, una de ellas, gracias a la tolerancia nacional, lograra por sí sola la mayoría, correspondería entonces a la libre voluntad de la humanidad, y sería sólo justo que la minoría se conformara.

La cuestión no es *que* los grandes prevalezcan, sino saber cuál de ellos. China será alguna vez un serio competidor; hoy se trata de Rusia y Anglosajonia. Ambas (cada una con un décimo de la humanidad) quieren el progreso, pero... de diferente modo. El Oeste a base de la libertad del individuo, el Este a base de la disciplina estatal — y esto es lo que hace que la decisión sea tan importante. En adelante veremos como ésta depende de la suerte de las armas; aquí basta mencionar que no sólo los amigos de la libertad deben recordar que son occidentales, sino también los *"buenos europeos"*, pues la gran idea que, desde los griegos, ha animado a Europa, posibilitándola en convertirse en vanguardia de la cultura mundial, fué el pensamiento individual, en contra de la idea de Asia, donde, entre las masas que vivían contentas bajo sus diversos despotismos, no hubo nunca individuos que se destacaran, y por eso tampoco ciencia ni progreso.

Pero el fin inmediato del centro mundial a crearse, no consiste en la imposición de un concepto del mundo, que tiene que surgir de la libre competencia de las ideas, sino en la tarea técnica de administrarlo. Ahora bien, se puede pensar sobre los anglosajones como se quiera, amarles o no, pero no puede negarse el hecho histórico de que en el último siglo han demostrado ser los únicos que saben administrar grandes comunidades sin trastornos mayores. Ciertamente, la razón de conservar las nacionalidades, aun en un mundo internacional, era la de poder usarlas, cada una según su particularidad, en el servicio de la totalidad. ¿Por qué entonces no usar a aquellos que se han acreditado como los más aptos para administrar, en ésta su profesión, tal como ya todo el Lejano Oriente se sirve de los sikhs como policías, porque para esto son buenos? Hay también otros, por ejemplo los suizos, que han gobernado su pequeño país trilingüe en forma ejemplar, pero carecen de la experiencia mundial, y no tienen bastante fuerza tras de sí. Ponderando todo, los ingleses son siempre los mejores, o, si se quiere, los menos malos para desempeñar este papel que en todo caso alguien debe ocupar. Por lo demás, en el fondo están todos de acuerdo que es así: sus amigos, positiva y conscientemente; y los anglófobos, negativa e inconscientemente, ya que si se les pregunta qué tienen contra Inglaterra, suelen reprocharle no haber impedido en tal o cual ocasión tal o cual atrocidad. Nadie culpa a Francia o a Rusia de que el nazi se haya tomado tantas cosas, ni siquiera a los norteamericanos, aunque teniendo en cuenta el abandono por los últimos de la Liga, quizás fuese crítica

CUESTIONARIO

ENCUESTA MUNDIAL *organizada por* HOMBRE DE AMERICA

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político:* ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) *En el orden económico:* ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

más fundada; en cambio ya muchísimos responsabilizan a la pequeña isla británica de todo lo que acontece en la grande tierra, y la consideran ya hoy como policía del mundo. La "vox populi" no vale mucho, pero cuando cree criticar e involuntariamente alaba, merece ya más confianza.

En el interés de la *cultura europea* (hoy la del mundo), sería aun deseable que el imperio británico y EE. UU., comprendiendo la necesidad del momento, y dejando aparte sus pequeños intereses particulares, se adelantaran a los demás, uniéndose en una forma estatal más estrecha, en el *"Greater Empire" de los Anglosajones*, que, por la comunidad del lenguaje y de la mayoría de sus costumbres, por el parentesco de su religión y filosofía, y, en fin, por su igual amor a la libertad y a las instituciones democráticas, sería entre ellos excepcionalmente fácil y la transición natural para llegar del Estado nacional al mundial. Pues tal *"Greater Empire"* sería ya por sí solo mundial. Aun descontando las colonias, habitadas por pueblos que sólo en esta forma pueden encuadrarse en un orden mundial, las propias naciones de habla inglesa están firmemente arraigadas en todos los continentes, y formarían —una vez reunidas en un bloque único y sintiéndose como tal— la mayor potencia que la tierra ha visto y que bastaría en todo caso para respaldar cualquier Liga que se agrupara enrededor suyo; constituirían la mejor garantía contra todo intento de reintroducir el bandolerismo en la política (2).

Hay aún muchas otras cosas que darán mucho que pensar a los que tendrán que resolverlas —las fronteras, las materias primas, la supervigilancia de los armamentos y de la educación, la suerte de los vencidos, etc.—, pero todos ellos son problemas secundarios y... técnicos, que estarán mejor en manos de los peritos-técnicos, quienes, en caso de haber un gobierno mundial, han de resolverlas tan bien como lo permitan las condiciones, entre las cuales, la del internacionalismo —sí o no—, es la principal. De no llegarse a un gobierno central, aun con los mejores proyectos no se resolverá nada. Concentremos por eso todo esfuerzo en preparar a la opinión pública para que acepte este punto cardinal.

Pocos son los que se interesan por el internacionalismo (vale decir, que aman a la humanidad, o sea, que sepan lo que significa *ser* hombre); la ola nacional fué demasiado captadora; lo económico y la democracia les parecen más importantes (dos preguntas que ustedes plantean en la encuesta). De la democracia no sé siquiera lo que la palabra signifique; y si veo cuántas oligarquías y abiertas tiranías pasan por ser democracias, (cuántas veces los bolcheviques, que eran una vez *"socialdemócratas"* han alternado entre democracia y antidemocracia en las peripecias de su gobierno de cinco lustros), y en fin, si observo que para algunos la misma Rusia representa la democracia auténtica, para otros Inglaterra y EE. UU., y para terceros la Alemania actual (puesto que en ella los instintos populares gobiernan los menos frenados), me parece que los demás no lo saben tampoco, y que se trata de uno de los tópicos de moda con que uno acalla su conciencia. Lo esencial es que el viejo concepto del gobierno se incline (lo que no es fácil pero tampoco imposible) más y más hacia el concepto de la administración, que, obviamente, está mejor en manos de técnicos peritos en su materia. A la ideología democrática se la puede, y en mi opinión se la debe satisfacer, procurando a todos, no sólo aparentemente, sino de veras, las *mismas oportunidades* para que los aptos asciendan, y los demás queden en su honesta oscuridad. Se les puede aun conceder el sufragio universal, si sólo se reserva el voto pasivo a los idóneos (es realmente un poco ridículo exigir un examen para sacar muelas, y permitir a cualquiera asumir la mucho mayor responsabilidad de un diputado). ¡No! *Idóneos* tienen que administrar el Estado, como ya lo hacen hoy con tanto éxito en grandes empresas industriales; sobre todo tienen que procurar que se produzca lo bastante para que todos puedan comer, distribuirlo en forma equitativa para que todos estén contentos y, por lo demás, dejar a todos la libertad de pensar, hablar y escribir como les parezca bien, pero no de hacer todo lo que deseen. Tal orden, que correspondería aproximadamente al equilibrio natural de las fuerzas sociales, podría quizás llamarse democracia.

Las masas no deberían hacer lo que les viene en ganas; una vez sin embargo lo harán todavía: en el movimiento revolucionario y vengativo, cuando el nazi entre en agonía. Será ilegal, bárbaro, pero en las condiciones dadas, como último acto del pasado, hasta oportuno para evitarle a los vencedores el castigo de los culpables, y aquellos podrán así desde el principio ocuparse con la reeducación, como conviene a un Estado moderno frente a criminales. Esta reeducación apenas podrá hacerse en forma eficaz, sólo si, durante cierto tiempo, Alemania es educada como colonia; y ojalá que bajo tal régimen los alemanes aprendan lo que como pueblo autónomo nunca han aprendido: ¡qué es la libertad! Si saben esto, sabrán también lo que es responsabilidad, y entonces un segundo nazi será imposible.

Lo económico era para la generación pasada, y lo es todavía para parte de la nuestra, el "explicalo-todo", la mística clave para cada problema. Tal popularidad no puede sorprender, ya que corresponde a la forma de pensar de los primitivos, la que ha producido también gran parte de sus otros dioses. La vieja adoración del becerro de oro, tomada no tan sólo como motivo del hombre egoísta sino de todo acontecer, es sólo un ejemplo típico de disculpar defectos morales, por declararlos generales y elevarlos al rango de una religión. Esta deificación del egoísmo individual nace de la misma fuente que la del nacionalismo, que es la idealización del egoísmo de grupos, y un nombre común parece por eso conveniente; se puede hablar de totalitarios, pero el nombre abarca por cierto otras tendencias, y la designación de *"Comunazismo del Siglo XX"* me parece más precisa para no engañarse con sus anatematismos mutuos, normales en toda religión, y en cambio recordar que sus confraternidades intercurrentes son más características, ya que las dos tendencias aparecen siempre combinadas: los intelectuales bajo el zar eran más internacionales que los de hoy, y los alemanes eran menos codiciosos que los nazis, aunque ya siempre llamaban a la ciencia económica *"economía nacional"*. Generalizar el egoísmo es falso, ya que los acontecimientos no lo son; deificarlo es además una calumnia del hombre, pues en el más egoísta viven siempre algunos sentimientos altruistas. El animal acciona meramente por economía, y mientras ella quede como base de la vida de individuos y sociedades, el hombre no llegará a la comprensión de su verdadera posición en la naturaleza, y la sociedad permanecerá siendo hormiguero.

Con explicaciones económicas no se resuelven problemas humanos; aun menos se curan turbios fanatismos. Economía se precisa entre hombres pobres, pero va perdiendo su importancia desde que la técnica podría darnos abundancia. Lo económico en la reconstrucción se resolverá más pronto de lo que hoy se piensa: lo resolverá la técnica omnipotente. Difícil es lo político, pues aquí la técnica no sirve, y esta piedra del escándalo la puede remover sólo la comprensión humana.

Que hace cien años se sobreestimara lo económico frente a lo político, es harto comprensible: pues mientras el único avance político que valiera —la substitución del caos nacionalista por un orden mundial, anhelado por los mejores de todos los tiempos— parecía tan utópico como siempre, ya que todos los primitivos medios de comunicación no admitían todavía una efectiva unidad del mundo, la eco-

---

(1) Ya en el año 1900, en una fiesta con que la juventud socialista celebraba el *"Estado del Porvenir"* (frase hecha, usual en ese entonces para designar el venidero reino del Socialismo) hube declarado que los únicos Estados que tuviesen un porvenir, serían Anglosajonia, China y Rusia. Hoy deberá haber pocos que lo duden.

(2) Según la distribución actual de la tierra, disponen:
—los *anglosajones*, por sí solos, de un tercio de la población terrestre. 32 %
—con *China*, que a pesar de todo el veneno que le ha infiltrado Europa, es todavía pacífica, de la mayoría .... 54 %
—con las *pequeñas naciones europeas* (Suiza, las nórdicas, los Países Bajos, etc.), que son seguramente pacíficas .... 58 %
—con *Francia y algunas otras*, que no son tan seguras, pero con las cuales se puede contar .... 66 %
—con los *indiferentes*, que sin embargo no se opondrían si los anglosajones fuesen resueltos .... 85 %
—Verdaderamente agresivos son sólo alemanes y japoneses 7 %
—Italia y Rusia son acaso dudosas (esto se verá en la Conferencia de Páz .... 10 %
——— 17 %

De modo que los pacíficos en el mundo tienen, contando sólo a los adherentes convencidos, una mayoría de dos tercios, y, de hecho, una de cuatro quintos o aun de nueve décimos.

Con estas cifras estadísticas, que se refieren al año en que la guerra se inició, no es pedir demasiado a los diplomáticos, si se espera que hagan algo positivo. Lo fatal, y lo que no permite un optimismo excesivo, es que en general los diplomáticos son nacionalistas también.

RESPUESTAS PUBLICADAS EN LOS NUMEROS ANTERIORES: DARDO CUNEO, DIEGO ABAD DE SANTILLAN, DR. ANGEL OSSORIO, DR. ANDRES TOWNSEND EZCURRA E ING. JACOBO MAGUID.

nomía atravesaba por una crisis aguda: la nueva técnica de la máquina había encontrado a la gente, desprevenida, y de esto resultaron dificultades y conflictos desastrosos, y los infelices siervos de la máquina tenían que sufrir, y, en parte, morirse literalmente de hambre.

La crisis se debió a incomprensión e ignorancia (la causa usual de una crisis); mas, como ella se manifestó en el terreno económico, se la tomaba por económica, y por tan importante, que la manía generalizadora llegó al extremo de ver en la economía el alfa y omega de todo. Hoy ya no hay disculpas para tales extravagancias; hoy se podría pensar otra vez en fines humanos, ya que las irregularidades más graves se han allanado entretanto; por lo menos nadie muere de hambre, o si esto ocurre, como actualmente en Europa y China, las causas no son económicas sino... nazistas. No todo es perfecto, ni mucho menos, sobre todo no lo es en países atrasados; pero perfección hay sólo en soñados paraísos y en algunos ramos de la física; en lo social hay que bastarse con estar encaminado hacia la perfección; y que estamos en buen camino hacia la solidaridad humana que tiende a procurar a todos condiciones dignas de un ser humano, no puede negarlo quien mira imparcialmente los ensayos sociales en los últimos cincuenta años y sus resultados en los países progresistas; y la prueba objetiva, numérica e irrefutable de que realmente el bienestar de las grandes masas en el siglo pasado ha aumentado más que en los millares de siglos anteriores juntos, la tenemos en el hecho de que el índice más general del bienestar, *la duración de la vida, que antes apenas había cambiado, y que en este siglo se ha duplicado* (la vida media del primitivo era de unos 20 años, hace cien años de unos 30, y hoy es más de 60). Quien, frente a este inmediato e inesperado éxito, no concede que estamos *referente a lo económico* en el buen camino, debe creer que él podría hacer milagros, lo que efectivamente muchos creen.

Siempre hay bastante que mejorar, y es tarea de los competentes, con que ellos también cumplen, discutir los mejores métodos. Pero la impaciencia de los pueblos muéstrase descontenta con la lentitud metódica de la ciencia; quiere que se haga "algo", no importa qué; hoy comunistas, mañana fascistas, vitorean con el mismo entusiasmo la internacional como su raza, y nunca pierden la esperanza de que mañana se hará el milagro. Especialmente después de una guerra, esperan la recompensa por sus sacrificios, y ciertamente se hará algo, aunque no sea el milagro. El filósofo no cree en milagros, y, por eso, tampoco se impacienta si no suceden; él sabe que muchos caminos conducen a Roma y también al socialismo razonable que, sin duda alguna, será el final, y cuya estructura está determinada por los progresos técnicos; pero sabe también que los hombres en ningún caso irán por el camino más corto (esto parece contra la naturaleza de seres que han comenzado a ser racionales), sino que habrá aun muchas escapadas a la derecha y a la izquierda, sin que importe mayormente cual será la próxima, aunque para algunos decenios debiera ser decisiva.

Los diferentes itinerarios posibles para marchar hacia una sociedad que comprenda que es una *sociedad* compuesta de *individuos*, de cuyas dos premisas saben extraer las conclusiones correspondientes, se clasifican bajo dos criterios en cuatro categorías, dejando de lado la anticuada distinción entre revolucionarios y reformistas, por ser sólo metódica y además vaga, ya que las verdaderas, esto es, duraderas revoluciones se hacen por reformas. Pero es importante que algunos pretenden que el socialismo sea sólo posible en un Estado todopoderoso y que el individuo no puede ser feliz sino como objeto sin valor ni voluntad; son éstos los totalitarios, que han comenzado con el "Estado absoluto" de HEGEL, que, sobre MARX y LENIN, ha conducido a HITLER, y a los que, con criterio biológico, se podrían llamar "*hormigueros*", porque sacan el ideal de la comunidad hexápoda. Los socialistas del otro lado creen que el Estado no es un *valor por sí mismo* sino un *medio para realizar fines humanos*; en especial no quieren sacrificar la iniciativa individual a la que se debe *todo* lo grande de que la humanidad puede gloriarse. Hay quienes prefieren tal socialismo de la libertad, pero la mayoría quiere ser tratada como está acostumbrada desde miles de años; el conservatismo es innato en el hombre y no cambia con llamarse socialista.

La otra diferencia importante consiste en que unos elaboran teorías salvadoras o intentan aplicar las de otros, mientras otros opinan que el socialismo se establece mejor con el simple "*common sense*". Como creo que la sociología no está madura para elaborar una teoría científica, y que el sustituto de una pseudo-ciencia compromete más que el franco reconocimiento de moverse en un terreno donde una orientación es sólo posible según reglas prácticas, votaría por el sentido común, que, sostenido por buena voluntad, y más aún por el interés cultural de hacer la humanidad tan eficiente, productiva y poderosa como sea posible, ensaye transigir en medio de las diversas dificultades, que cada vez resurgen, para procurar a las masas humanas el máximum alcanzable de bienestar y de cultura.

En la práctica las cuatro clases se reducen a dos, pues los *pseudo-científicos* —seducidos por la palabra ciencia, que por su autoridad incontrovertible implica una dictadura inevitable, la única que sea admisible— se inclinaban, desde PLATÓN a MARX, siempre hacia el totalitarismo dictatorial; hoy son sus representantes principales los llamados comunistas de Rusia, y, como variación más bien ridícula, sus pretensos antagonistas nazis y fascistas.

Sus auténticos antagonistas, los "*sentido-común-istas*", animados por su orgullo natural de ser hombres, suelen despreciar el hormiguero, y no pueden ser ni siervos ni dictatoriales. Sus paradigmas son aquellos no muy frecuentes estadistas a quienes la historia recuerda como grandes hombres, desde PERICLES hasta WÁSHINGTON; en un sentido más bien literario lo eran los sociólogos ingleses, desde THOMAS MORE hasta los modernos Fabianos (los fabri, esto es, los carpinteros o arquitectos prácticos del socialismo), y hombres activos como ROOSEVELT y Sir WILLIAM BEVERIDGE. Este antidoctrinarismo de los sentido-común-istas se puede llamar también el socialismo de los ingleses, que, también en otro respecto, son conocidos por su sano sentido común.

Por la curiosa concatenación de las alianzas, que dividió al comunazi, aliando en cambio a los que en lo humanamente importante son antagónicos, esta discusión entre teoría y razón, que en sí no tiene nada que ver con las guerras, se conecta con la actual; pues saber cuál de las dos tendencias prevalecerá en los próximos años depende en gran parte de quién pasará primero por el "Brandenburger Tor" de Berlín; quien sea, se llevará el renombre del vencedor, y los pueblos, en su ingenua veneración de la fuerza, creen que quien gana una guerra sabe también resolver la cuestión social. Es absurdo, pero así son los hombres; hasta a uno como Hitler, si no hubiese perdido ya su primera guerra, muchos le atribuirían ciertas facultades mentales; y si los rusos llegaran primeros —lo que puede parecer inverosímil, amén de que el "Führer" para vengarse de la humanidad que lo ha liquidado, les daría con el retiro de sus ejércitos, paso libre— se puede estar seguro que una ola de entusiasmo totalitario hacia STALIN inundaría el mundo. Así el mal genio de un desesperado podría decidir la suerte de la humanidad por algunos años; pero lo probable es que este infeliz ya no tenga poder para decidir algo, de modo que el mundo podrá progresar sin la esperada revolución mundial.

Las dos preguntas que aun quedan, se contestan con pocas palabras. Yo no creo, como se dice en la encuesta, que el predominio de la voz de los pueblos serviría a la paz, que no se defiende sino con un fuerte ejército internacional. Esto lo sabía ya el inteligente ENRIQUE IV y su gran ministro SULLY (1600); y ROUSSEAU (1750), en su juventud tan confiado en la bondad de los hombres, siendo viejo añadió con el escepticismo de quien conoce a los pueblos: si se los fuerza a vivir durante largo tiempo en paz, es posible que se acostumbren y la aguanten también sin coacción. Hoy, en el siglo del sufragio universal, es plausible que los modernos Rousseau hablen más respetuosamente de las masas, pero por eso no han cambiado desde la muerte del viejo. No todos son acaso *tan* belicosos, y no lo son *siempre*, como actualmente los del eje; pero hay bastantes que no lo son suficientemente; y todos, sin excepción, conciben todavía su suma gloria en las hazañas guerreras de sus antepasados. Con sus instintos brutales y sanguinarios (tauromaquia en España y boxeo en todo el mundo), con su pronunciado nacionalismo y su xenofobia que se opone a toda emigración que pudiera significar competencia (véase en EE. UU., donde la prohibición de la inmigración se debe principalmente a los obreros), con su falta de idealismo (salvo loables pero raras excepciones) que en las masas no suele ser más que la "*mentira de la vida*" para ennoblecer la lucha con mejores sueldos y menos trabajo, no son ciertamente idóneos para mejorar el mundo. Pueden mejorarlo únicamente técnicos peritos con inclinaciones sociales, dos cualidades que ya de por sí son raras, y en su combinación, rarísimas; pero la dicha del futuro depende de que se hallen métodos científicos (psicotécnicos) para encontrar estas raras aves entre la masa de los gorriones, puesto que en nuestra complicada civilización, con su inevitable gran burocracia, ellas son más imprescindibles que nunca.

En mi opinión, esto puede lograrse sólo durante los años escolares, por medio de una organización educacional con amplias miras sociales, que, a base de la escuela única, brinde a todos absolutamente las mismas oportunidades, pero al mismo tiempo; con tacto psicológico, los cribe severamente, sin permitir a nadie en especial llegar a una escuela superior si no lo merece por sus aptitudes sobresalientes, obviamente, considerando todas las formas de aptitud. Sólo así se puede esperar establecer, por tal clasificación de la juventud, una jerarquía justa y útil, y restablecer el respeto del saber y de los hombres, ética y mentalmente superiores. Cómo tal escuela única y cribadora debería ser estructurada, no es aquí el lugar de exponerlo; pero estoy convencido que ella es la tarea más importante para ayudar el advenimiento de tiempos más dichosos, siendo además la única base sólida para edificar una democracia futura.

La última pregunta (*¿qué puede hacer América para la reconstrucción?*) no es contestable en esta forma, pues América no es una unidad: geográficamente son dos o tres continentes, y culturalmente son dos contrastes (si no se cuentan las repúblicas con poblaciones preferentemente coloradas como tercer componente). Lo que el Norte hace, lo sabe el mundo: el Norte ha creado para la guerra un ejército de peritos técnicos que en su manera es único, y está ya hoy preparando otro ejército de técnicos peritos —maestros, administradores, etc.— para la reconstrucción. Lo llaman ARM, lo que sin embargo no quiere significar ARMY, sino "*American Reconstruccion Mission*". Esto es, según lo anteriormente expuesto, lo mejor que se puede hacer, y lo único práctico (*common sense*); además es vieja costumbre yankee: estuve en Manila cuando, después de la guerra, llegaba el primer buque americano, y venía lleno... de maestras.

¿Puede el Sur hacer algo semejante? Aunque tenga, con América Central e incluso sus pequeñas repúblicas negras, casi el 93 % de la población del Norte, por estar dividido en 30 territorios, bajo 23 soberanías, es internacionalmente impotente. ¿Cómo podrían estas provincias aisladas ayudar a la unidad internacional, si aun no han logrado su propia unidad nacional?

Además, y tal vez sobre todo, el norteamericano es el tipo más activo que el mundo haya producido, y en el Sur... hay todavía bastante pasividad. Y esto se muestra también en que ahora, en el período de la lucha, nadie piensa en luchar, acaso con excepción del Brasil y Méjico, que, característicamente son también los Estados mayores en que vive la mitad de los latino-americanos. Se reúnen comités, se toman resoluciones, se hacen encuestas y se dan consejos, y pueden ustedes creérmelo —va referido al mismo tiempo a este mi artículo en que, por eso he evitado dar consejos— ni yankees ni ingleses necesitan consejos: ellos saben qué hacer, y lo hacen.

Así, como *naciones*, el Sur no podrá hacer mucho, precisamente porque no es *una* nación; pero cada suramericano, como cada habitante de nuestro planeta, puede ayudar en mucho, si comprendiendo que en el momento la cuestión política (cosmopolítica) es más apremiante que la económica, asume una posición *decididamente internacional* y la difunde tanto como pueda. Si con esto —ya que sois democracias— lográis que al fin vuestros 21 gobiernos, en un bloque único, dijeran: "nosotros queremos renunciar a nuestras soberanías locales en bien de una soberanía mundial", entonces Sur América podría aún contribuir con una acción trascendental, que, como he expuesto en otro lugar, correspondería a la misión para la que, ideológicamente, le predetermina su historia. Sin embargo, éstas deberían ser utopías.

PROF. DR. JORGE F. NICOLAI

Dr. Josermo Murillo Vacareza

Rector de la Universidad de Oruro, Bolivia.

No es posible responder al cuestionario con toda la amplitud de sus trascendentales tópicos; abarcan profundas cuestiones sociológicas que necesitan exposición y demostración; pero, dentro de las limitaciones de una revista, quiero expresar, de comienzo, que la presente guerra no es más que la esperada "revolución social" en su forma más dinámica, y por ello con ese criterio debemos presentir las características de la reconstrucción posbélica.

El nazifascismo no es una doctrina de redención sino de injusticia; a través de la falsía de superioridad racial trata de hacer para una nación el mayor cúmulo de privilegios, manteniendo así la inhumana lucha de clases que se simularía en el predominio racial sobre los países sojuzgados; es la culminación del supercapitalismo, y por lo mismo desciende ya para concluir ese nefasto período en la historia de la humanidad.

El mundo no ha de volver a la vieja democracia unilateral y pseudopolítica; precisamente la fuente de todos nuestros malestares y calamidades ha sido el defecto de esa organización democrática. Cuando se enunciaron las cuatro libertades en la Carta del Atlántico se dejó entrever que al mundo se le prometía algo más que la democracia que agonizó en los campos de Francia y cuyo espíritu se salvó en Dunkerque, para ser vislumbrada en toda su estupenda magnificencia en Stalingrado y en todos los campos de la lucha en Rusia.

En Inglaterra y en los Estados Unidos, los hombres tienen libertad y protección para expresar sus ideas, pero no han tenido seguridad alguna para su bienestar; es probable que se me diga que en Rusia no había esa libertad de pensamiento pero había la certidumbre de una democracia económica; no nos olvidemos de que Rusia, desde la Revolución de Octubre, está en transición y que no pretende haber llegado adonde, por ahora, desea alcanzar la humanidad.

En Latino América no hay democracia de una ni de otra clase, y lo que se hace en pro de alguna de sus formas es incipiente; por ello mismo, la democracia política vive largos años en suspenso, y la democracia económica es precaria; por eso es que gobiernos hasta ayer pronazis se han adherido a la causa democrática pero en sus países todavía no la han repuesto; en su adhesión al estado de guerra de los países aliados han encontrado otro medio fecundo para amordazar a sus pueblos con la restricción de sus libertades. Un ejemplo patente es la declaratoria del "estado de guerra" hecha por Bolivia como un presente grotesco al

Vicepresidente Wallace, y que en el fondo es la declaratoria del "estado de sitio".

Pero, decíamos que la actual guerra es precisamente la "revolución social". Los marxistas más ortodoxos habrían esperado que esa revolución hubiera ido encendiéndose sucesivamente desde Rusia hacia el Oriente y Occidente y que hubiera tenido otra forma de expresión: las masas volcadas por las calles, banderas rojas, himnos, combates de las esquinas, agitación en los focos que, a manera del "Instituto Smolny", concentraran al estado mayor de los socialistas en todas las ciudades importantes del mundo. Pero ello sería poco histórico y nada dialéctico; querría decir que el mundo se hallaría tan retardado en este orden como en 1917.

La revolución social la ha hecho la guerra misma; y esta guerra es la secuela de las postrimerías de un período para dar lugar al comienzo de otro; cuando los gobiernos aliados han puesto en práctica reformas de carácter social tan trascendentes que hasta la víspera de Munich habrían parecido audaces o torpes a los elementos más reaccionarios, y por las cuales abogan los más retardados, es que el mundo está yendo precisamente por ese camino puesto en los cálculos de todos los que han perseguido el bienestar de la humanidad.

Y estos cambios no tendrán la perdurabilidad del actual conflicto, porque si se quisiera darles fin y substituirlas con la rutina prebélica, la contienda continuaría en su forma más sangrienta; los pueblos, que antes vivían a la retaguardia, no podrían conformarse con renunciar a sus conquistas a base de sus sufrimientos, privaciones y hecatombes, ni han de admitir los asalariados que, una vez concluída la producción bélica, queden sus brazos inactivos, sus estómagos vacíos y su porvenir incierto. En el seguro social del plan Beveridge, visto todavía como una cosa audaz, está el germen de muchos y profundos cambios que irán más lejos que ese plan.

Pero, así como sería inconciliable la existencia de verdaderas democracias políticas con regímenes que las nieguen o las combatan, porque ello sería como prolongar un "estado de guerra" que haría crisis, como ocurrió en 1939, tampoco será posible garantizar a la humanidad una democracia económica si no cambia el régimen entre los países, que no se reducirá a simples relaciones políticas, sino a un nuevo régimen de asociaciones económicas. El federalismo clásico no es más que la asociación política, pero ahora necesitamos la federalización económica; contaron muy poco las fronteras, pero serán más importantes las zonas de producción, las regiones industriales. Una coordinación de éstas dará al mundo la base para su historia y tranquilidad, y todos los hombres podrán prosperar; ello habrá eliminado a las clases y a su lucha y muchos principios egoístas, surgidos de una ética de desconfianza y de aislamiento, habrán desaparecido.

Ello también hará de nuestra América un continente verdaderamente libre; ni gobiernos que aherrojen a sus pueblos con dictaduras o tiranías, ni imperialismos que exploten sus materias primas y que agoten la vitalidad de sus habitantes; para estar bien un obrero norteamericano necesitará que esté bien el obrero argentino, boliviano o paraguayo que le mande materias primas; y este obrero no podrá prosperar sino en libertad de acción y en seguridad de vida.

No apreciar así el movimiento de la historia, frenarla con artificiosos medios, sería comprimir odios, emulaciones, rivalidades, ansiedades y necesidades para que, en otro momento muy cercano estallen por cualquier otra válvula, que quizá entonces no sea un racismo, un hitlerismo, un antisemitismo, una teoría del "espacio vital", pero que se manifestará con cualquier cosa que sepa explotar ese malestar; y como aquello implicaría tratar de contener una cosa incontenible, ese estallido no esperaría 20 años como la guerra actual, sino quizá ni 20 meses o tal vez ni 20 semanas.

JOSERMO MURILLO VACAREZA

Dr. Saúl Taborda

Sociólogo y filósofo; uno de los valores representativos de la cultura argentina.

La nación es un fenómeno histórico. Se da ahí donde un pueblo se afirma en la visión de un tipo de hombre cuya realización confía a su órgano político, el Estado. Pues es la fuerza de ese ideal entrevisto la que le confiere significación política al ser ese ideal la imagen en la que comulga la comunidad étnica que llamamos *nación*. Engendrado en un momento dado en las entrañas del *etnos*, lo define, lo aclara y lo anticipa la fantasía poética en las intuiciones egregias del arte. Ni la raza, ni la lengua, ni las costumbres, ni la religión, ni la tierra común deciden aquí: quien decide es el momento misterioso en el que el pueblo, homogeneizado por la concepción de un tipo humano considerado como suma y resumen de sus virtudes civiles, se resuelve a realizarlo para realizarse en sus propias virtudes civiles. La *polis* griega se hizo histórica en el ideal del héroe; la Edad Media se hizo histórica en el ideal del caballero cristiano; la Francia de la Revolución se hizo histórica en el ideal del ciudadano idóneo y nacionalista; Inglaterra como nación se hizo histórica cuando engendró el ideal del *gentleman*, síntesis admirable del caballero del *fair play* y del negociante del *cant*.

Ideales aristocráticos, ideales de consumidores, opuestos por naturaleza al ideal del productor, los que acabo de mencionar necesitan para realizarse de un sustrato económico que asegure la posibilidad del consumo, que sólo se puede asentar en la existencia de una clase productora, de una clase explotada, ya sea de esclavos, ya sea de siervos, ya sea de vasallos, ya sea de asalariados.

A veces la explotación de esa clase productora se torna difícil o contradictoria, por haberse saturado toda la comunidad del ideal de elección hasta el punto de hacerse inminente la realización del tipo humano que lo informa en las propias capas inferiores de la población —que fué el caso de la plebe romana y que es el caso actual del trabajador inglés, imbuído como se sabe del espíritu del *gentleman* que lo convierte en un *gentleman* en potencia en vísperas de ascender a las esferas de la nobleza— y entonces la fuerza expansiva del ideal rebasa los límites nacionales y se vuelca sobre los pueblos extraños procurando obtener, en ocasiones so capa de propósitos culturales favorecidos por la propaganda internacionalizante, en ocasiones mediante empresas de fuerza, los productos de subsistencia que hacen a la consecución de sus cumplimientos históricos. De esta actitud nace el imperialismo. Cuando Inglaterra salió de los lindes de la nación para dedicarse a la colonización y al sojuzgamiento de pueblos foráneos, inició la empresa de un imperio, del imperio del *gentleman* que, cronológicamente, es el segundo gran imperio que se ha conocido después del de Roma.

Todas las respuestas a esta Encuesta expresan solamente el pensamiento de sus autores. Su publicación no implica que sus conceptos sean compartidos por la Dirección de la revista, la que expondrá su propia opinión al final de la Encuesta, sintetizando y procurando recoger en sus conclusiones las ideas fundamentales de todos los colaboradores de la misma.

El imperio del *gentleman* es el directo responsable de la guerra. Aun cuando él no la haya provocado y desencadenado, la ha preparado y la ha concitado. En fuerza de gravitar mortalmente durante dos siglos sobre las posibilidades históricas de los ideales foráneos —incluso, desde luego, del ideal del trabajador que hoy está troquelando, quiera que no, su capacidad en el terrible duelo con el nazismo— ha despertado odios tan profundos y resistencias tan enconadas que sólo se pueden dirimir en la guerra. Ha formado un tipo escogido —no cabe negarlo—; pero lo ha formado con un refinado egoísmo, a costa de muchos destinos ajenos, tan legítimos como el suyo. Como el perfumero que, según se cuenta, necesitaba sacrificar veinte mil rosas para obtener una sola onza del único perfume que usaban los emperadores persas, para obtener un *gentleman* el ideal inglés necesita sacrificar el destino de cuatrocientos millones de hindúes. De cuatrocientos millones de hindúes sin contar los pueblos tributarios que, como nosotros, trabajan para él.

Siendo esto así, la nación debe ser considerada como una forma de vida insustituíble, destinada a salir indemne de la remezón de la guerra; pero no se puede pensar en la posibilidad de que las que ahora se reparten la tierra puedan formar uniones regionales y continentales estables y duraderas.

Para que esas uniones fuesen étnicamente auténticas y políticamente eficaces sería nceesario que coincidiesen en un ideal de tipo humano realmente común a todas aquellas naciones que las integrasen, y ésta no es una condición que dependa de la buena intención. ¿Cómo pensar en anfictionías para la paz, en continentes como el de Europa, donde mientras Inglaterra propugna su ideal del dominador, Francia propugna su ideal de la aristocratización de la burguesía explotadora de la producción, Alemania propugna su ideal de la fidelidad racial, Rusia propugna su ideal del trabajador teñida de mesianismo universalista, y la España franquista exhuma de sus museos el ideal caballeresco de Amadís de Gaula?...

No faltarán, sin duda, sobre todo en Europa, las intenciones por formar entidades de la índole de las coaliciones ya conocidas. Las habrá y en buen número; pero desde ahora se puede predecir sin temor a equivocaciones que estarán destinadas a un irremediable fracaso. Fracasarán porque en fuerza de pretender una amalgama de ideales humanos contradictorios, que es tanto como intentar despojar a cada nación de sus notas originales, mostrarán a corto plazo la misma endeblez constitutiva que dió al traste con la Liga de las Naciones.

Si se piensa que en rigor de verdad esta guerra es una revolución en la que el heroísmo del pueblo ruso está fraguando el tipo histórico de los siglos del hombre, el del trabajador, único soporte sobre el cual se puede edificar un orden social verdadero, es fácil inferir —ya lo están anunciando los signos— que esas uniones y bloques políticos no estarán dispuestos para la paz, sino para impedir la afirmación de ese tipo. El hecho de que hoy lleven una causa común no garantiza de la actitud de mañana. Después de todo, Rusia propone a la vigencia un ideal humano desdeñado y postergado durante más de dos mil quinientos años y es natural que tope con la violenta oposición de los ideales que le negaron. La guerra entra en la dialéctica de los ideales.

Acaso los pueblos americanos de línea latina se encuentren en condiciones en una entidad política estructurada en función de un ideal humano común. Abundan los motivos de todo orden para admitir esa posibilidad. Pero se trata de pueblos penetrados por la realidad histórica de ideales foráneos. Imperialismos bien conocidos —el de Inglaterra, en primer término, y otros después— les impiden crear el ideal humano de que están grávidas sus entrañas. Ninguno de ellos es dueño de su destino. Todos arrastran una existencia de emporio colonizado, de emporio que guardan para beneficio ajeno oligarquías reclutadas en la feria del fraude, ciegas para la visión de los rumbos ascendentes de sus pue-



blos, insensibles a los estremecimientos que preceden al nacimiento de un imperativo de civilidad, sordas al mensaje que manda romper las amarras invisibles que postergan la hora afirmativa de la eternidad de su nombre. Por lo consiguiente, fuerza es contar con la inevitable oposición de los intereses comprometidos. Saber si esos pueblos se resolverán a sobreponerse a las conveniencias de esos intereses —la actitud dilemática latente en la conciencia de todos ellos— es asunto que sólo puede dilucidar el hecho real y concreto de la constitución de la unión de las naciones latinoamericanas.

La nación, definida por el ideal de un tipo humano querido y apetecido, es —repito— una forma de vida histórica insubstituible. Dentro de ella, la elección de un sistema político depende menos de consideraciones teóricas que de la propia realidad vital. El federalismo y el unitarismo pueden ser igualmente eficaces y válidos, pero lo serán siempre en la medida en que se consubstancien con la realidad vital. Son órganos calculados para realizar los fines ideales y por eso mismo deben hacer viva, efectiva e indestructible la relación del individuo y la comunidad. Vida política quiere decir tanto como comunión del individuo y la comunidad. Todo lo que no sea eso es mero mando. Autoridad mera y simple. Individualismo insurgido contra las normas éticas, o estatismo rebañego como el que propugnan los regímenes totalitarios.

Por lo mismo que la bondad de un sistema político depende menos de consideraciones teóricas que del grado en que establezca el debido equilibrio entre el individuo y la comunidad en el trance histórico que los empuja a la consecución de un ideal, yo prefiero para mi país el federalismo de base comunalista, que está en la substancia de nuestro pueblo, al federalismo abstracto y académico que está escrito en la carta fundamental. Este federalismo abstracto y académico es una simple simetría a favor de la cual un centralismo arbitrario y desentendido de nuestro sistema de fines fomenta la ingerencia en nuestra vida civil de los imperialismos extranjeros que nos explotan y nos succionan. El estructura nuestras instituciones fundamentales —parlamento, magistratura, economía, educación—, desde lo alto del racionalismo doctrinario que lo preside y responde a ese ideal del ciudadano idóneo y nacionalista exaltado por la burguesía francesa, que no es nuestro ideal de hombre, porque nuestro ideal de hombre es el del hombre total, de raíz voluntarista, que hemos heredado del alma española. El estructura de arriba a abajo —desde la razón— sin preocuparse de nuestra propia expresión. Al concepto racional de la ley es indiferencia la idiosincracia del etnos. Si ésta no se acomoda a la ley que le dicta, peor para ella.

Pero quién, *como argentino*, se sienta tocado de la responsabilidad de la ciudadanía y piense que una ley sólo es ley —"su" ley— cuando se nutre de los más profundos estratos de la existencia nacional, admitirá de inmediato el deber, el impostergable deber, de transmutar el orden importado que venimos arrastrando a lo largo de nuestra vida institucional para instaurar, esta vez *desde abajo*, desde la comuna, desde la forma viva y concreta elaborada por la tradición creadora para la co-responsabilidad del individuo

y su comunidad, el sistema de fines históricos de la nación.

La hora no ofrece otra alternativa. Los resortes de la democracia —el parlamento, la magistratura, la economía, la educación— hacen crisis desde antes de la tragedia de la guerra, que es una liquidación, y no hay otra manera de salvar lo esencial de la democracia que rectificando los resortes inadecuados. Que cada pueblo se constituya con libertad, de acuerdo a las notas propias de su ser, porque sólo una estructura política forjada en esas condiciones puede preservarle de las acechanzas de los Estados prepotentes, que los hará después de la guerra, que los hará siempre a despecho de los tiempos idílicos que nos están prometiendo "con el corazón en la mano" ciertos políticos que todavía abusan de las palabras.

La constitución autónoma de cada pueblo supone, desde luego, la constitución del fondo económico de la nación. No se puede predecir cuál será el papel posbélico del capitalismo privado, pero sí se han de apreciar las cosas por la virtud disgregadora que ha tenido hasta aquí en lo que respecta a la vida de las naciones, todo aconseja organizar una economía propia, inalienable, al servicio primordial del destino del hombre, sustraída por entero a las influencias imperialistas. En esa economía, la tierra, valor económico de cantidad limitada, debe escapar a las transacciones mercantiles de la banda internacional. Y por lo que hace al capital, debe acabar por perder la condición de productor de interés. Asegurar un fondo económico propio, íntimamente compenetrado del sistema de fines ideales en el que se debe insertar como el instrumento destinado a sus cumplimientos, es asegurar la independencia de una nación.

Referido al orden internacional, la constitución política basada en la idiosincracia del etnos afirma tanto el derecho a la propia existencia como el derecho de la existencia ajena. Desde el siglo XVI el pensamiento español sostiene que la corresponsabilidad emergente de coexistencia es el fundamento de la comunidad internacional. En abierto contraste con el principio de la soberanía absoluta —el principio romanista, incivil e insolidario, en el que se ha apoyado la civilización que hoy se liquida en la guerra— la corresponsabilidad afirma que cada pueblo es pueblo porque responde del destino de los otros pueblos. La condición de la existencia de un pueblo, como la de un hombre, es la de que, al mismo tiempo, existen otros pueblos y otros hombres.

Este principio fué enunciado por primera vez en América, por un misionero español. Vale hoy por un extraordinario aporte de América a la paz y a la reconstrucción del mundo. Como América, espera su hora.

DR. SAÚL TABORDA

BREVES NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HANS HOLBEIN, EL JOVEN

Por Hellmuth Bachmann. Editorial Poseidón.

Estudiar a Holbein es bucear en la Alemania de Erasmo, la Reforma y Lutero; es mirar a Inglaterra bajo el reinado cruento de Enrique VIII; es otear uno de los instantes más ardientes de la humanidad, porque a pesar de ser el artista un espectador poco apasionado, estuvo medio a medio de los acontecimientos y su lapiz ágil o su pincel vibrante nos dejaron el alma y el rostro de los personajes que hicieron la historia en aquella época; Enrique VIII, Erasmo, Sir Thomas Moore, Cristina de Dinamarca, Eduardo VI, Paracelsus, Lady Elizabeth Parker, Catherine Howar, Jane Seymour dos desgraciadas reinas de Inglaterra, etc.

Hellmuth Bachmann, sin llegar a profundizar en Holbein y en su plástica, nos da en un libro ameno, un panorama biográfico-pictórico-pintoresco bastante completo. Las numerosas reproducciones en negro y en color dan el núcleo del libro y van desde los grabados de la "Danza" y del "Alfabeto de la Muerte" hasta esa serie de retratos próceres e inolvidables, hasta ese tétrico Cristo yacente que es una de las altas lecciones plásticas de la pintura del mundo.

Editado con su acostumbrada pulcritud por la Editorial Poseidón este libro de cultura es un valor más en la ya amplia y valiosa bibliografía de arte de nuestro país. — PEDRO OLMOS.

POEMAS DE LOS CUATRO VIENTOS

Por *Marisa Serrano Vernengo*

El elemento poético está disperso en todo lo que nos rodea, como en las partículas de la arcilla existe la posibilidad de la forma humanizada por el arte. Para llegar a él, la intuición debe discernir, dentro de lo inexplicable, en qué consiste y descender hasta sus más inexplorables vetas. El no haber insistido en esa búsqueda es la causa por la cual los "Poemas de los cuatro vientos" dan la sensación de estar rodeados de cristales empañados por cerrazón de neblina. Inspirados en su mayor parte en materia presente, la realidad externa se confunde en una subjetividad que no logra la resonancia exigida por la trascendencia de los temas tratados. Creemos que Marisa Serrano Vernengo, espíritu culto e inteligencia despierta, debió penetrar más hondo en el clima sutil de la poesía para que su palabra encontrase vibraciones afines. Decimos esto porque la temática del libro parte del mundo circundante común a todos, visto, naturalmente, bajo distintas luces y matices. De esta coincidencia aflora en el lector el deseo de hallar caminos identificables con los que conducen al íntimo sentir individual. Un ejemplo aclarará lo dicho: del poema "El jardín" nace ese soplo misterioso que aviva los sentidos cuando inesperado aroma vegetal —consecuencia del mundo visible— roza los anchos círculos de la emoción hasta llegar a la atmósfera distante del mundo esotérico, desde el cual nos incorporamos para percibir con mayor claridad emociones iguales. Y esto no es frecuente en "Poemas de los cuatro vientos", libro que no supera al dado hace tres años por la autora: "Poemas para la niña sin nombre", cuyas páginas tienen mucho de lo que ahora echamos de menos. El volumen motivo de esta nota fué editado por Teatro del Pueblo, Buenos Aires. — A. V. E.

"CHARANGO" (Romances cholos)

Por Luis Nieto

De los romances de Luis Nieto, ágiles en su planteo y vivo colorido local, se desprende una inequívoca tendencia a la exaltación metafórica. Acierta muchas veces en la intención propuesta, pero otras la brillantez decae y mengua el sentido exacto que se proponía precisamente por insistir en ello. Si la metáfora tiene por finalidad proyectar la palabra más allá de su punto de origen, debe cuidar, empero, que ésta no pierda contacto con la matriz generadora. Como la rama que sostiene el fruto no es ajena al tronco ni éste a la raíz sobre la cual se levanta. La metáfora es "re-creación" dentro de similitud lógica, si es movida por anhelos de persistir. Con todo —y haciendo abstracción de ciertas reminiscencias lorquianas del "Romancero gitano"—, hay en "Charango" valores destacables, puesto que Luis Nieto es poeta. Conocedor veraz de su región nativa, la canta en flúidos octasílabos, dotando a sus criaturas y al paisaje de lírico sensualismo y rico color, que adquiere en determinados momentos consistencia plástica. Basta citar para probarlo el "Romance del cholo sampableño" y "Romance de la feria de Sicuaní", plena ésta de luz y tonalidades pictóricas, entre cuyo abigarrado vaivén cruzan las "mestizas bandidas con sus caras de duraznos", feliz acierto que define en pocas frases el físico inconfundible del rostro de una chola. Sin duda podrían enumerarse muchos títulos, pero los mencionados dan de por sí ubicación y jerarquía a este libro que nos trae expresiones de la legendaria tierra de Cuzco. "Charango", volumen I de la Biblioteca del Instituto Americano del Arte de dicho departamento peruano, tiene una portada de alegoría indígena debida a Julio G. Gutiérrez. — **A. V. E.**

ALFREDO GUTTERO

Por *Julio Payró.* Editorial Poseidón.

Alfredo Guttero es un nombre en la pintura argentina. Su ardiente inquietud, su comprensión humana y su generosidad ayudaron a embalar el actual movimiento artístico del país y aunque uno no esté siempre de acuerdo con la realización plástica que alcanzara Guttero se siente admirado por el empuje, el vigor de realización, el espíritu que lo moviera y conmoviera.

Payró pasa en cortas y vibrantes páginas por la existencia del pintor reviviéndolo con dignidad y ternura. Seducido, el lector camina largo a largo del esfuerzo de este hombre cuya evolución dice Payró: "Fué anversa a la mayoría de los artistas. Cuando joven, en su primera fase parisiense, pintaba como un viejo, impermeable al ambiente revolucionario de la preguerra, pero las obras de su madurez tienen una asombrosa juventud".

Este libro amable, que nos muestra con vivos colores la intimidad clara de un artista, sus búsquedas, sus angustias y su fervor, ha sido editado en su BIBLIOTECA ARGENTINA DE ARTE por la EDITORIAL POSEIDON con la pulcritud que acostumbra. Sus 36 reproducciones en negro y las dos en colores nos ayudan eficazmente a darnos cuenta de lo que es el arte de Guttero, artista que murió al borde de su madurez, cuando se veía florecer en él un arte fresco y lleno de posibilidades. — PEDRO OLMOS.

Divagaciones en Torno del Liberalismo y la Conciencia Social

—Sin embargo, pienso que todas estas luchas no tienen significado alguno —decía el oriental, moviendo dubitativamente su cabeza—. El hombre olvida con suma facilidad que su estado natural es el dolor, y que su paso por la tierra no tiene por objeto el logro de la felicidad, sino el llegar a una mejora espiritual. La vida es un simple cambio de estado, y por ello no debemos apegarnos demasiado a las cosas del mundo. Si buscamos mejoras sociales ha de ser teniendo en cuenta que no son definitivas, ni debemos tampoco ilusionarnos con la esperanza de que han de lograrse totalmente. El maestro hindú ha predicado el generoso olvido de sí mismo en bien del prójimo y no creo que las teorías sociales de Occidente puedan predicar algo superior a esto.

Guardó silencio el blanco en señal de mudo respeto.

—Pero —dijo al fin— la afirmación de sí mismo es la ley que rige a los seres. Ella ha sido la impulsora de toda nuestra civilización, y ella ha hecho que, peldaño a peldaño, ascendiera la sociedad desde sus estados más primitivos, pasando a través de las diversas formas de organización hasta llegar a nuestra era, la de la industrialización.

—Casi diría, en respuesta a eso, que se me antoja la vida de los pueblos un poco parecida a la vida de los hombres. En la infancia, naturalmente, la necesidad de crecer y sobrevivir hace que los niños sean en extremo egoístas, mas ese egoísmo se suaviza con el transcurso del tiempo y, un día, halla una magnífica transfiguración en el instinto maternal o paternal, que son formas de olvido de sí mismo. A una madurez semejante hemos llegado y deberíamos, por fin, liberarnos del excesivo personalismo y reemplazarlo por algo más amplio.

—En ese caso —observó el blanco— al sentido de afirmación de uno mismo habría que oponer el sentido de la existencia social, ya que no existimos como seres particulares, sino como miembros de una inmensa asociación. Deberíamos dejar el sendero que hemos seguido, y que hoy llamamos liberalismo, y es, en su forma económica, caos y egoísmo. Pero, dudo de que se pueda ahogar ese instinto personal, acentuadísimo en el hombre. La magnífica floración de la técnica, el extraordinario desarrollo de la industria, todo es obra suya, y, si lo suprimimos, ¿qué hará el hombre sin el aliciente de las ventajas individuales, sin la competencia que es como el campo donde pone en juego todos sus recursos?

—Ya estamos viendo que la organización social de hoy, complejísima, pide a gritos que se la entregue a una administración cuya finalidad sea amplia y que no responda a intereses individuales, sino que contemple los colectivos. Dicen los budistas que todo es obra de la mente, digamos del pensamiento. Así, una idea nace, encárnase en un movimiento y se materializa en una cultura. Ejemplos se ofrecen a manos llenas; recordemos algunos: el cristianismo, la democracia, el socialismo, etc. Si pudiéramos dejar de pensar en términos individuales y lo hiciéramos en términos sociales, pronto veríamos que el mundo se transformaría.

—Quizá, pero lo difícil sería formar esa mentalidad. La educación es producto y, a la vez, instrumento de ciertas condiciones sociales y económicas, y está demás decir que se halla en manos de aquellos que se benefician con ese estado. La única posibilidad sería arrebatarlo a quienes lo utilizan en su provecho. Y de este modo llegamos a la conclusión de que sólo la lucha puede cambiar el sistema de relaciones económico-sociales. No tenemos más que recordar que todas nuestras mejoras, por lo menos las de carácter social, fueron logradas merced al peso de las organizaciones obreras y, a menudo, por el uso de la fuerza...

Interrumpió, entonces, el oriental:

—No siempre. Los filósofos de la India jamás hablaron en términos de violencia colectiva, como se acostumbra ahora, a pesar de que, como en el caso de Buda, provocaron verdaderas revoluciones. Comprendieron que la mejora debe partir de cada uno de nosotros y que, de este modo, se va extendiendo a círculos cada vez mayores, como las ondulaciones del agua cuando arrojamos una piedra. La verdad es que el mal arranca de las pasiones que nos impulsan a cometer todos los males imaginables. No culpemos, pues, a la organización, sino busquemos el modo de transformarla creando una conciencia nueva.

Hubo una nueva pausa en la que el occidental trató de ajustarse al pensamiento de su interlocutor. Luego dijo:

—Yo también presiento que esa nueva conciencia está en gestación, y eso no sólo porque la organización sobrepasa ya al egoísmo liberal, sino porque la convivencia nos moldea y acostumbra a pensar de modo distinto, y nos van pareciendo cada vez más chocantes cosas en las que antes no reparábamos. ¿No le parece tonto, por ejemplo, tener que pagar con monedas el precio de un viaje y exhibir el boleto ante cada inspector? Ya eso es incongruente. El agua, el barrido, el alumbrado, como tantos servicios públicos, se han municipalizado y se pagan con impuestos. ¿Por qué no podría hacerse lo mismo con el transporte, siempre que, se entiende, esté al servicio de la colectividad? Confieso que a mí me mortifica y humilla recibir dinero en pago del trabajo que hago. ¿No es absurdo que sea ocupado por un particular y que trabaje en su beneficio, en lugar de ser un colaborador de la colectividad y trabajar en beneficio de todos, participando, como recompensa, de las mejoras y del progreso del grupo? Claro está que semejante predisposición no se puede esperar de todos, pues hemos visto que el egoísmo estrecho mueve a la mayoría y que si luchan lo hacen sin salir de su círculo.

—Es que las mejoras por las que luchan son de carácter económico, limitadas por fuerza a un objeto, a una época, a un mundo; la diversidad de condiciones impondrán mañana un nuevo cambio. Los reformadores sociales de nuestros días carecen de la visión del Universo, no captan las líneas del plan que nos rige individual y colectivamente. Por eso no dan más que soluciones parciales y fallan siempre. Partamos de la base que la vida es paso transitorio, eslabón de una cadena, peldaño de una escalera cuya meta es la liberación. Pensemos que la humanidad es una y que las divisiones son producto ficticio de nuestro error; meditemos que el Universo y su infinito está dentro de nosotros, y que la realidad que se nos ofrece y el espíritu que la anima no son más que una misma cosa.

—Tan bello y profundo lenguaje no es inteligible para quienes sólo comprenden el del hambre y del frío. Nuestras aspiraciones, generalmente, son más terrenales y, a pesar que, desde tiempos inmemoriales, los hombres sueñan con una tierra prometida, que sitúan ya en el pasado, ya en el futuro, se conforman muchas veces con mezquinas ventajas del momento. No sé si es el espíritu de justicia, o la necesidad más negra, los que han impulsado a los pueblos, a sus luchas; tal vez ambas cosas.

—No —dijo el asiático—, lo que mueve a los pueblos es un vestigio de aquel fuego divino que lo animó un día. El hombre ha de progresar porque lo lleva en su esencia. Pasará del pequeño "yo" o egoísmo —como dicen los budistas— al "gran yo" o conciencia cósmico-social. Su aspiración a elevarse por encima de la materia es la demostración de que en él actúan fuerzas que no son pura y ciegamente mecánicas, tal como lo pretenden aquellos que afirman que todo el progreso humano se debe a la lucha de clases y a la dinámica económica.

—Quizá ambas explicaciones sean parciales y se complementen entre sí. El hombre es una aspiración eterna que se manifiesta en sus formas sociales a las cuales modela y remodela continuamente. Unas veces el impulsor es el espíritu, otras la materia, los dos son expresiones de su naturaleza que es armonía de ambas. Sus instituciones son reflejos de su ser, y si ha llegado a un estado de evolución que permita suponer que el liberalismo ha sido superado, quizá sea reemplazada ya por el socialismo.

—Sí, pero que sea un socialismo que signifique liberación física y económica y a la vez sea menos materialista que el que se viene predicando —remató el oriental, dando con ello fin al diálogo.

DIALOGO ENTRE UN ORIENTAL Y UN OCCIDENTAL, POR LUIS ORSETTI

Prof. Dr. ENRIQUE LOEDEL PALUMBO

CAUSALIDAD E INDETERMINISMO

Para escribir lo que se va a leer a continuación, acerca de la causalidad y del indeterminismo, calculo que he necesitado gastar algo menos de dos gramos de tinta.

En cambio se necesitaría vaciar muchos tinteros para copiar todo lo que se ha escrito sobre el mismo asunto en lo que va del presente siglo solamente.

Se desprende de aquí que sólo encararé el problema muy sucintamente y desde determinado ángulo.

Hasta el año 1927 se ocupaban del problema de la causalidad casi exclusivamente los filósofos. Que la ley causal se cumplía con todo rigor en el mundo físico, era algo que nadie o casi nadie osaba discutir. Lo que se discutía era acerca de si dicha ley tenía validez en el dominio del espíritu.

Pero el problema de la causalidad y el de la libertad de nuestras acciones no interesa solamente al reducido círculo de físicos y filósofos. El hombre del pueblo siente también la angustia del mismo problema y cree encontrar una solución, cuando, resignado, masculla entre dientes:

...¡*"estaba escrito"*!

Dije ya que se admitía como algo incuestionable, hasta hace poco tiempo, la validez estricta de la ley causal en el mundo físico. Pero, cosa curiosa: si hojeamos cualquier tratado clásico de física no encontraremos en él una palabra siquiera que se refiera a la ley causal. Mejor dicho: encontramos en casi todas las páginas las palabras *causa* y *efecto;* se nos dice a propósito de determinado fenómeno que tales y cuales han sido las causas que lo han producido, pero lo que falta es la formulación explícita del principio de causalidad.

En el año 1927, el joven físico alemán *Werner Heisenberg* establece, para la física del átomo, un principio llamado de incerteza o de indeterminación. Antes de ocuparse de la formulación y del alcance del nuevo principio trataré de esbozar las reacciones que el mismo suscitó en diferentes círculos de físicos y filósofos.

Unos recibieron regocijados la buena nueva que venía del campo de la física: He aquí, decían, descubierta la clave de la física cuántica. La ley causal, expresaban, no es válida en el dominio del átomo; los electrones se comportan como si fueran libres; la cadena causal se ha roto; desde el mismo campo de la física y por obra de físicos han sido conmovidos en sus cimientos los estrechos y rígidos muros de una física causalística, dentro de la cual no había espacio ni aire suficiente para albergar al espíritu humano.

La brecha abierta en la causalidad, agregaban, permite comprender cómo el espíritu puede actuar sobre la materia sin estar esclavizado por ella; los propios físicos han arrojado por la borda la ley causal y han dado de este modo razón a los que desde hace mucho sacaron de su propia conciencia la certeza de la libre determinación del espíritu humano.

En otro sector no fué recibido con tanta algarabía el principio de indeterminación. Desde él se oían voces que se expresaban más o menos en los siguientes términos: El llamado principio de indeterminación de Heisenberg, muestra solamente que en el dominio del átomo deben aplicarse leyes de carácter estadístico. Ya la física ha aplicado estas leyes en muchos de sus capítulos y lo ha hecho no porque no valga en los procesos individuales la ley causal, sino por la imposibilidad humana de considerar aisladamente esos hechos. El principio de Heisenberg puede muy bien ser, decían, una etapa provisoria del desarrollo de la física, que es de desear llegue a ser superada, para volver al marco de una física causalista.

He esquematizado en lo que precede las reacciones que suscitó la aparición del principio de indeterminación de Heisenberg en el mundo de los físicos. En los trabajos inmediatamente posteriores a los de Heisenberg se nota una verdadera desorientación en todo lo que se refiere a fijar el alcance y contenido del nuevo principio. El mismo Heisenberg en su primera memoria parece asignarle al principio de incerteza un lugar opuesto al de la ley causal; se expresa de tal modo que podría traducirse su pensamiento en la siguiente forma: "Tales y tales hechos prueban que la ley causal no puede aceptarse como válida en el dominio del átomo". Sin embargo, en una segunda Memoria rectifica este punto de vista en la forma que mencionaré más adelante.

Pero el revuelo que produjo entre los físicos la aparición del principio de indeterminación, nada fué, en comparación con el estupor que provocó entre los filósofos. ¡Y no era para menos! Supongamos que a alguien que haya leído aunque sea someramente a *Hume* y a *Kant* se le dice que un físico ha probado experimentalmente —pues el principio de indeterminación se basa en la experiencia— que la ley causal es falsa.

Esto es tanto como si alguien nos dijera que ha logrado probar por medio de experimentos que siete más cinco no son 12.

Hume, en efecto, demostró que la ley causal no puede ser probada ni desmentida por la experiencia. Si al hacer un experimento observamos un resultado opuesto al esperado, *estamos obligados a pensar* que ha intervenido en este caso una causa fortuita; la validez del principio de causalidad no puede, pues, estar en juego en experimento alguno; dicha validez es por el contrario un presupuesto de toda posible experiencia. En otras palabras: el principio de causalidad es una forma de nuestro pensamiento. En el lenguaje kantiano esto se expresa diciendo que se trata de un juicio sintético a priori. Aclaremos con algunos ejemplos sencillos lo que esto significa. Si se dice:

Los hombres ciegos no ven; equivale a decir *los ciegos son ciegos* y el atributo está contenido en el sujeto. Un análisis del sujeto permite obtener el atributo. Un juicio de esta clase se llama, por esta razón, analítico. En cambio si digo: *"Los ciegos son desconfiados"* el atributo no está contenido en el sujeto. Dicho juició podrá ser falso o verdadero y para formularlo he debido efectuar una síntesis de diversas observaciones o experiencias. Se trata, pues, de un juicio sintético.

Los juicios analíticos son juicios a priori; para su formulación no se necesita efectuar experimento alguno, pero lo que expresan son verdaderas trivialidades. Nadie, que no sea un sofista, emplea en el lenguaje corriente juicios analíticos.

Los juicios sintéticos, en cambio, expresan siempre algo nuevo y se efectúan después, o sea *a posteriori*, de ciertas observaciones o experiencias, y si bien son más ricos en contenido que los pobres juicios analíticos, no tienen nunca el grado de certeza de aquéllos. Este grado de certeza de los juicios analíticos aumenta con el número de observaciones o de experimentos que efectuamos para verificarlos.

Los juicios de la matemática pura ¿serán analíticos? ¿serán sintéticos? Consideremos el ejemplo preferido por el mismo Kant. Cuando afirmamos que siete más cinco son doce, la idea del número doce no está contenida en los números siete y cinco ni en su reunión; el predicado no está contenido en el sujeto, por lo cual no puede obtenerse por un simple análisis de éste. El juicio no es, por tanto, analítico. Supongamos que dicho juicio lo hubiera formulado después de observar lo que pasa con dos conjuntos de cinco y siete manzanas. El juicio, efectuado a raíz de mis observaciones sobre esos dos conjuntos, sería por esa razón sintético, pero dicho juicio lo puedo extender de inmediato a otros dos conjuntos de bolitas o de personas. El grado de certeza de mi juicio no depende del número de veces en que lo haya verificado ni de la variedad de los objetos utilizados. Este juicio sintético, siete más cinco igual a doce, tiene todo el grado de certeza de los juicios analíticos y es además un juicio a priori; anterior a toda experiencia. Por estas razones Kant considera además de los juicios analíticos (a priori) y de los juicios sintéticos (a posteriori) los *juicios sintéticos a priori*.

Además de los juicios de la matemática pura, sería también para Kant un juicio sintético a priori el que correspondería a la noción de causalidad.

Sean dos trozos de vidrio aproximadamente iguales. Dejemos caer uno de los trozos desde una altura de un metro sobre un piso de baldosas. El trozo se hace añicos. Si ahora me dispongo a dejar caer el segundo trozo en la misma forma como lo hice con el anterior estamos seguros que también se quebrará en pedazos. Si ello no sucediera, no pensaríamos, de ningún modo, que ha fallado el principio de que "a iguales causas iguales efectos", pensaríamos, más bien que los trozos de vidrio no eran del todo iguales o que no se los ha dejado caer del mismo modo. Pero admitamos que el segundo trozo también se rompa. Si en el primer experimento hemos contado el número de pedazos y hemos anotado cuidadosamente la forma y el lugar de caída de cada uno de ellos, ahora, al efectuar el segundo experimento, estamos también seguros que por más precauciones que tomemos, ni el número, ni la distribución, ni la forma de los trozos será la misma. ¿Es que dudamos acerca de la validez del principio de causalidad? No, de ningún modo. De lo que dudamos es de que sea posible realizar dos experimentos en circunstancias exactamente idénticas. Si los sucesos son simultáneos, o sea si dejamos caer simultáneamente los dos trozos de vidrio se efectuarán en diferentes lugares del espacio y ya las circunstancias no serán idénticas. Si en cambio los sucesos se efectúan uno después del otro, ha cambiado en el lapso transcurrido la posición de otros cuerpos del universo, por ejemplo la posición del sol, con respecto al lugar del experimento, y *a priori* no podemos afirmar que la posición del sol no tenga influencia en la distribución de los trozos de vidrio de nuestro ejemplo.

Se desprende de lo que precede que el principio de causalidad que aplicamos en la vida diaria, y también en la ciencia, no es el principio de que "a iguales causas iguales efectos" sino el que se podría enunciar en forma mucho más modesta del siguiente modo: "a causas aproximadamente iguales suceden efectos aproximadamente iguales".

Comprendiendo estas dificultades, *Laplace* dió un enunciado del principio de causalidad en el cual hacía intervenir al universo entero. El enunciado de Laplace es el siguiente:

"Una inteligencia que en un instante dado conociera todas las fuerzas que actúan en la naturaleza y la posición y velocidad en ese instante de todas las partículas del universo podría, si fuera suficientemente poderosa, someter al análisis todos esos datos y obtendría así, por una y la misma fórmula, tanto el movimiento de los cuerpos celestes como el del más liviano de los átomos; para esa inteligencia nada sería incierto y ante sus ojos se haría presente tanto el pasado como el futuro".

Esta formulación del principio de causalidad le fué sugerida a Laplace, sin duda alguna, por la perfección alcanzada por la mecánica celeste. El mismo Laplace agrega:

"La trayectoria descripta por una simple molécula de aire o vapor está con seguridad tan determinada como las órbitas de los planetas; la diferencia proviene únicamente de nuestro desconocimiento".

Antes de seguir adelante, observaremos, que la formulación de Laplace del principio de causalidad en la cual hace intervenir una inteligencia extrahumana, no difiere, en esencia, de la formulación vulgar que mencionamos al comienzo y que se sintetiza en la frase: "*está escrito*".

Veamos ahora qué es lo que tiene que decir de nuevo la física atómica de nuestros días acerca del principio de causalidad. El enunciado de Laplace, y refiriéndonos a una sola partícula y prescindiendo de toda inteligencia extrahumana, puede descomponerse en dos partes:

Primera: Si se conoce en un instante dado la posición y la velocidad de una partícula, se puede, *(segunda parte)* conociendo además las fuerzas que actúan sobre la misma, calcular su posición y su velocidad en un instante posterior cualquiera. Como para efectuar este cálculo es necesario el conocimiento de la ley, se presupone aquí la invariancia de la misma.

Recordemos el ejemplo de los dos trozos de vidrio y reemplacémoslos por dos partículas elementales, las más elementales que conoce la física: dos electrones. Hacemos que uno de ellos pase a través de un orificio e incida luego sobre una placa fotográfica donde quedará marcado el lugar del impacto. En una palabra, nuestro experimento ideal consiste ahora en tirar al blanco con electrones. Dejaremos que pase el segundo electrón por el mismo orificio en condiciones exactamente análogas a las de antes y nos encontraremos con que en general incide en otro punto distinto de la placa. Pensamos que esta falta de coincidencia se debía quizás a alguna imperfección de nuestro fusil de electrones. Perfeccionamos entonces el fusil haciendo que los electrones pasen por un canal muy delgado uno después del otro y nos encontramos que, cuanto más delgado es el canal o caño de nuestro fusil, tanto más impreciso es el tiro. Pasa con los electrones como con la luz: Si queremos obtener un haz muy delgado de luz podría ocurrírsenos hacer que pasara a través de dos cristales muy pequeños practicados en dos pantallas. Pero al hacer este experimento nos llevamos un gran chasco: cuanto más pequeño es el segundo orificio, tanto más abierto es el haz de luz que de él procede. Este fenómeno se conoce con el nombre de difracción y se explica admitiendo que la luz consiste en un proceso ondulatorio. Con los electrones ocurría exactamente lo mismo en la boca de nuestro supuesto fusil. Los electrones se disfractaban. El primero en reconocer la naturaleza ondulatoria de un haz de electrones fué el físico francés *Luis De Broglie*, en el año 1924.

Ante estos resultados obtenidos con nuestro supuesto fusil de electrones, pensamos que las discrepancias en el lugar del impacto se han de deber a diferencias en la posición y velocidad inicial de cada uno de ellos. Para verificar si es efectivamente así, procedemos a medir con la mayor exactitud posible, la posición y la velocidad inicial del supuesto electrón. El experimento que estamos suponiendo es de naturaleza ideal: nos colocamos mentalmente en este plano: tenemos electrones y aparatos perfectos con los cuales se puede registrar el paso de los mismos por determinados puntos. Se trata de saber si pod medio de medidas podríamos verificar que dos electrones dotados inicialmente de la misma velocidad y partiendo del mismo lugar llegan, en experimentos sucesivos, al cabo de idéntico tiempo, al mismo punto.

Para observar el electrón debemos iluminarlo y al chocar la luz contra el mismo lo desvía. El electrón parte de aquí y llega a allá. Suponemos que ha recorrido cierta trayectoria y que ha empleado cierto tiempo en ir de lo que llamamos *aquí* a lo que llamamos *allá*. Pero si queremos verificar el paso del electrón por una posición intermedia lo iluminamos, con lo cual por el impulso recibido por la luz irá ahora a otra parte. El observador perturba al sistema observado.

Cuando queremos sorprender con una mirada introspectiva el proceso íntimo de nuestras voliciones ocurre lo mismo: el proceso es perturbado por la fijeza de la tención del observador. En el mundo físico se había supuesto hasta hace muy poco, que por lo menos en principio era posible eliminar la influencia del observador sobre el hecho observado. Si iluminamos una piedra que cae para obtener una película del proceso de la caída, ni se nos ocurre siquiera pensar que la presión de la luz puede perturbar el movimiento de la piedra. Pero si en lugar de la piedra es una partícula muy pequeña, un electrón o un átomo, al choque de cada fotón sobre la misma experimentará una desviación nada despreciable. Las colas de los cometas se dirigen alejándose del sol a causa, precisamente, de la presión de la luz.

Por estas y otras circunstancias, si alguien nos dice: "Supongamos que conocemos con toda exactitud la posición y la velocidad de un electrón en un instante dado"... Heisenberg nos enseña que debemos responder así: No, no es posible suponer tal cosa. No es por falta de imaginación; si usted quiere puedo suponer que viajamos y llegamos hasta la luna, el sol o cualquier otra estrella, no hay nada que en principio se oponga a ello, pero no puedo suponer algo que sea *en principio* imposible. En la misma naturaleza de las cosas reside la imposibilidad de medir con absoluta precisión, simultáneamente, la posición y la velocidad del electrón. La constante de acción de *Planck*, cuya soberanía es incuestionable en el dominio del átomo, no es otra cosa que la medida cuantitativa de dicha imposibilidad.

Suponer, pues, que se puede medir con toda exactitud, simultáneamente, posición y velocidad de un electrón, equivale, por ejemplo, a suponer que una bala atraviesa un vidrio sin horadarlo.

Tratemos ahora de formarnos una idea exacta acerca del contenido del principio que ha substituido al de causalidad en el dominio del átomo. Supongamos que se mide en un momento dado, con la mayor precisión posible la posición y velocidad de un electrón. La frase *"con la mayor precisión posible"* significa aquí, no una posibilidad humana, limitada por la mayor o menor precisión de nuestros aparatos, sino la máxima precisión que es dable alcanzar idealmente. Hemos determinado así la posición que representamos por un punto, pero como inevitablemente habrá cierto grado de incerteza, para valorar a ésta trazamos una esfera con centro en el punto y de cierto radio. El radio de esta esfera mide el error máximo que puede haberse cometido en la medida de la posición del electrón. En otras palabras: de acuerdo a nuestra medida el electrón podría encontrarse en cualquier punto del interior de esa esfera. Simultáneamente hemos determinado también la velocidad del electrón que representamos por medio de un sector de cierta longitud con su origen en el centro de la esfera representada anteriormente. Pero en esta medida habremos cometido también *inevitablemente* cierto error y para tener una representación del mismo consideraremos otra esfera con centro en el extremo del vector. Según esto la velocidad que podría haber tenido el electrón en el instante de la medida puede ser representada por cualquier vector de origen en el centro de la primera esfera y de extremo en un punto interior cualquiera de la segunda.

De acuerdo a esta representación, el radio de la primera esfera,

mide el error que se cometió en la determinación de la posición del electrón y el radio de la segunda esfera da una medida del error cometido en la determinación de la velocidad. Por esta razón llamaré a la primer esfera, esfera de posición y a la segunda, esfera de velocidad.

Ahora bien, el principio de Heisenberg puede enunciarse diciendo que los radios de estas dos esferas están entre sí en razón inversa, o lo que es lo mismo *el producto de ambos radios es constante*. Esto significa que en principio puede llevarse a cabo una medida, de tal modo, que el radio de la esfera de posición sea extremadamente pequeño, pero en ese caso el radio de la esfera de velocidad será extremadamente grande. Inversamente; si determinamos con mucha precisión la velocidad, lo que significa en nuestra representación, que el radio de la esfera de velocidad es pequeño, quedará muy indeterminada la posición. Luego, pues, no existe límite alguno para determinar con la precisión que se quiera, *separadamente*, la posición o la velocidad de un electrón. La limitación está cuando se quiere determinar *simultáneamente* ambas magnitudes. Si el radio de una de las esferas disminuye, el radio de la otra aumenta. Dije ya que el producto de estos dos radios es constante. ¿Cuánto vale esta constante? El valor de ella es igual a la constante de acción de Planck dividida por la masa de la partícula que se considere. Llamando pues R_1 al radio de la primera esfera y R_2 al radio de la segunda (radio cuyas dimensiones son las de una velocidad) el principio de Heisenberg se expresaría por la fórmula siguiente:

$$R_1 \times R_2 = \frac{h}{m},$$

en que h es la constante de Planck y m la masa de la partícula.

Con esta fórmula delante de los ojos se comprende cómo la física ha podido vivir bajo la ilusión determinista hasta hace tan poco tiempo. La constante de Planck, h, tiene un valor extremadamente pequeño, del orden de diez a la menos veintisiete si se la expresa en unidades del sistema C. G. S. por lo cual, para la masa de las partículas comunes que considera la física macroscópica, el segundo miembro puede ser considerado igual a cero. Si este segundo miembro es cero los radios de ambas esferas podrían ser idealmente nulos. De ahí que en la mecánica clásica tenga pleno sentido decir: sea una partícula de masa M que tiene tal posición y tal velocidad. Pero si la masa de la partícula es muy pequeña, como la de un electrón, cuya masa es del orden de diez a la menos veintiocho gramos, el valor de la constante del segundo miembro, h/m, está muy lejos de valer cero. Para un electrón h/m vale 7 centímetros × centímetro sobre segundo. Esto significa que si el radio de la esfera de posición de un electrón vale 1 centímetro el radio de la esfera de velocidad valdrá 7 cm/seg.

De aquí, que en lugar de decir: "sea una partícula que en tal instante tiene tal posición y tal velocidad", deba decirse: "sea una partícula que en tal instante la probabilidad de encontrarse en tal parte es tanto y la probabilidad de que tenga tal velocidad tanto"...

He dicho ya que esta limitación en la determinación simultánea de la posición y de la velocidad de una partícula, reside no en una imperfección o limitación humana sino en la propia naturaleza de las cosas. Para comprender esto es necesario que imaginemos cómo deberíamos llevar a cabo las medidas si quisiéramos mucha precisión en la determinación de la posición o por el contrario en la de la velocidad.

Consideremos que deseamos fijar con precisión la posición de la partícula. Utilizamos para ello un microscopio. Para iluminar la partícula podemos utilizar luz roja, o azul o luz ultravioleta, o Rayos X, etc. Digamos desde ya que se trata de un microscopio perfecto y que no es necesario que apliquemos el ojo al ocular del mismo. El ojo puede ser reemplazado por una película fotográfica sensible a la luz empleada. ¿Cuál de todas esas luces será más conveniente? Los biólogos, que se dedican a estudiar la sutil estructura de la célula, saben que llega un momento, en que por grande que sea el aumento utilizado, no es posible distinguir con precisión ciertos detalles. El microscopio tiene determinado *poder separador* y este poder separador depende de la longitud de onda de la luz empleada.

Se obtiene mayor poder separador, es decir se aprecian mejor los detalles con luz azul que con luz roja. Con luz ultravioleta, de longitud de onda más corta, el poder separador es mayor y sería mayor todavía si utilizáramos rayos X o rayos gamma. Si queremos ver separados dos puntos que disten entre sí un millonésimo de centímetro es indispensable que utilicemos luz de longitud de onda inferior a aquella distancia. Iluminados los puntos con luz de longitud de onda algo mayor, las dos imágenes se superpondrán y veremos en lugar de dos una única mancha. Del mismo modo, si deseamos que el radio de nuestra esfera de posición sea igual a lo más, a un millonésimo de centímetro deberemos utilizar en la determinación luz de longitud de onda en algo inferior a aquella longitud. Pero he aquí que la partícula que estamos examinando recibe un impulso al ser chocada con la luz. Pero este impulso perturbador que hará variar la velocidad de la partícula es tanto mayor cuanto menor sea la longitud de onda de la luz empleada. Los fotones correspondientes a la luz roja son portadores de un impulso relativamente pequeño y ya el impulso es mayor para la luz azul y mayor todavía para los rayos X o los gamma.

Como el impulso mecánico de los fotones es igual a la constante de Planck sobre la longitud de onda, resulta de aquí, casi de inmediato, que la velocidad de la partícula examinada variará entre tales límites que hace que el producto de la incerteza de la posición por el producto de la incerteza de la velocidad, por la masa, sea igual a la constante de Planck.

O sea: obtenemos así la fórmula correspondiente al enunciado del principio de Heisenberg. ¿Se desprende acaso de todo esto que el principio de causalidad en el dominio del átomo, es falso?

No, no es ni falso ni verdadero: es una proposición carente de sentido. Si enunciamos el principio diciendo: por ejemplo, que "todo lo que sucede es lo que debe suceder" queda reducido así a lo que los lógicos llaman una tautología, pues: ¿Qué es lo que debe suceder?... Lo que sucede.

Si en cambio tratamos de enunciarlo como una proposición real, esto es, como una proposición que se refiere al comportamiento del mundo físico, debemos darle tal forma que sea dicho principio controlable experimentalmente. Y esto es imposible.

Para valorar el alcance del vuelco que ha experimentado la física de nuestros días, volvamos a Kant. Consideremos para ejemplificar, un triángulo cuyos vértices se encuentran en los centro de tres estrellas determinadas. Si de ese triángulo afirmo que es isósceles se trata aquí de un juicio sintético que podrá ser falso o verdadero, lo que se decidirá por medio de mediciones. En cambio si de ese triángulo afirmo que la suma de sus tres ángulos es igual a dos ángulos rectos, este juicio sería para Kant un juicio sintético a priori. Para el solitario filósofo de Koeningsberg la geometría euclídea era un presupuesto anterior y necesario a toda experiencia. Era una forma de nuestro pensar. Para la física actual, en cambio, el juicio que expresa la suma de los tres ángulos de aquel triángulo es igual á dos rectos es simplemente un juicio sintético y por añadidura presumiblemente falso.

Esta posibilidad del hombre de cambiar lo que se creía que era una forma invariable de su pensamiento: el espacio, el tiempo, la causalidad... para ordenar dentro de nuevos marcos la multitud de hechos de la experiencia es lo que *Reichenbach* llama la revolución copernicana de nuestros tiempos.

Se pensará, quizá, que aun queda la aritmética, en su simplicidad y pureza, para mostrarnos que pese a todas las crisis y a todas las tormentas permanecerá por siempre incólume e invariable. ¿Podemos acaso pensar en un mundo en que cinco más siete no sean doce? Creo que sí, pues el pensamiento humano no tiene más limitaciones que algunos pocos principios lógicos y quizá la física nuclear del futuro se llegue a asentar sobre una nueva aritmética en la cual cinco neutrones más siete neutrones podrían no ser doce neutrones.

Si pensamos que las fuerzas no se suman aritméticamente sino vectorialmente, esto es, que una fuerza de cinco kilogramos más otra de siete kilogramos, da en general una suma diferente de 12 kilogramos y esto en nuestro mundo familiar de dimensiones medias, ¿por qué habrán de sumarse los neutrones en la misma forma en que se suman las manzanas?

¿Por qué la suma no ha de depender de su distribución y de su distancia?

Una cosa son las proposiciones puramente lógicas y otra las proposiciones de la física. Un litro de agua y un litro de alcohol, ocupan separadamente un volumen total de dos litros, pero mezclados, el volumen total es menor.

La brevedad de esta exposición nos obliga a recurrir a ejemplos y comparaciones que pueden dar cierta idea acerca de nuestro pensamiento sobre la estructura lógica de la teoría física, pero esos ejemplos deben tomarse solamente como esquema de apoyo para una ulterior reflexión.

Consideramos, pues, que fundamentalmente la misión de la ciencia consiste en ordenar los hechos, los datos de la experiencia. Para este ordenamiento debemos ajustarnos a ciertas normas, como hace un bibliotecario con los libros de su biblioteca.

Si el número o la variedad de libros a ordenar se hiciera muy grande puede llegar un momento en que el bibliotecario se vea obligado a ajustarse a un nuevo criterio de ordenamiento. El espacio y el tiempo absoluto de la física newtoniana y su estricta causalidad fueron normas aptas para el ordenamiento hasta fines del siglo pasado. Pero se descubren nuevos hechos para los cuales no había dentro de esas normas casilleros adecuados. Y el hombre de ciencia cambia entonces sus normas, *inventa* un nuevo modo de clasificación y a eso se le llama una teoría física.

No porque la física actual haya sustituido el rígido concepto de causalidad por el más elástico de probabilidad, ha aumentado la conciencia de nuestra libertad; no. Sentimos que la conciencia de nuestra libertad y del poder de creación del espíritu humano ha aumentando, porque hemos sido capaces de sustituir por nuevas normas lo que se creía que eran formas invariables de nuestro pensar.

Prof. Dr. ENRIQUE LOEDEL PALUMBO

HOMBRE DE AMÉRICA

F U E R T E Y L I B R E

AÑO IV — MAYO DE 1943 — N° 20

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Ágosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess — Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) — Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina